RAMÓN CARALT SANROMÁ

La caprichosa Miss Jenny

COMEDIA EN TRES ACTOS



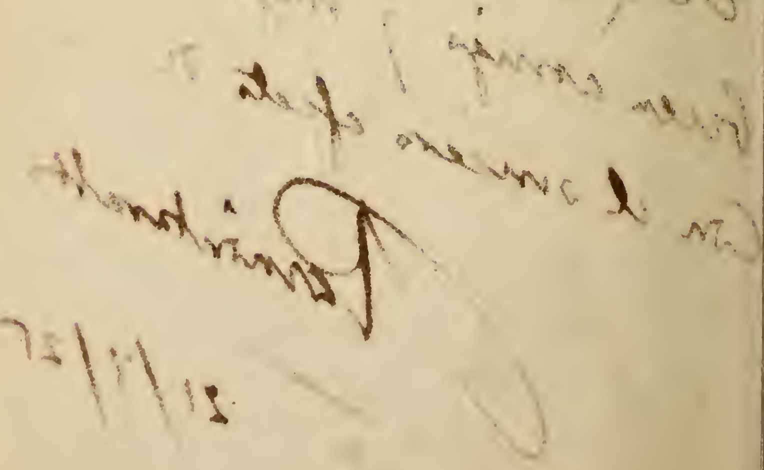
MADRID
Sociedad de Autores Españoles
Prado, núm. 24
1925

La caprichosa Miss Jenny

A Luis Camarero Maldonado
buen amigo y mejor compañero
con el sincero afecto de

[illegible]

21/8/25



LA CAPRICHOSA MISS JENNY

COMEDIA EN TRES ACTOS

original de

RAMÓN CARALT SANROMÁ

▫ ▫ ▫

A Miss Jenny Parker

Inspiradora en el breve tiempo de mi permanencia en Los Angeles (California) de la protagonista de esta comedia.

EL AUTOR

BARCELONA
Imprenta de S. Rovira : Enrique Granados, 91
1925

PERSONAJES

MISS JENNY SHELDON	*Raimunda de Gaspar*
CASANDRA BENCHLEY	*Margarita Carrasco*
JULIA	*Ana Tormo*
ESTHER . , ...	*Asunción Camarero*
WILLIAM SHELDON	*José Telmo*
HARRY DICKSON	*Ramón Caralt*
TOMMY DRAKE	*Antonio Vico*
JONATHAN	*Luis M. Carreras*

La acción de los actos 1.º y 3.º en San Francisco. La del 2.º en una granja de las estribaciones de Sierra Nevada (California).

Esta comedia fué estrenada el 3 de Octubre de 1924 en el Gran Teatro Gayarre de Pamplona por la compañía *Renacimiento*.

ACTO PRIMERO

Moderna y elegante habitación en el palacio del millonario William Sheldon.

ESCENA PRIMERA

Jenny, Casandra, Julia; luego *Jonathan.*

(Jenny, reclinada sobre ancho diván, fuma en una larga pipa, mientras Casandra, sentada a su derecha, al lado de una mesa llena de libros, procura distraerla leyendo una novela en alta voz. Julia la abanica suavemente con un gran abanico de raras plumas de colores y largo mango. Al lado de Jenny, sobre inmenso montón de lujosos cojines, hay un Daddy doll.)

Casandra.—*(Leyendo.)* "Fúlgidos los ojos, pálido el semblante..." *(Jenny le tira el libro de una manotada.)*

Jenny.—¡Basta! ¡Basta! Deja ese libro. Es inaguantable.

Casandra.—¡Por Dios, señorita! ¿Inaguantable El Caballero de la Rosa, el encanto de las damas de la época colonial?

Jenny.—Inaguantable y aborrecible. ¿Verdad, Daddy? *(Cogiendo el muñeco.)* En seguida iba yo a enamorarme de tan infatuado caballero, al que echaría pronto por el balcón.

Casandra.—Quisiera haber nacido en aquellos tiempos de amor y galantería.

Jenny.—¿Crees en el amor?

Casandra.—Creo.

Jenny.—¿Y tú, Julia?

Julia.—¿Qué sería de nosotras sin el amor?

Jenny.—¡Creen en lo que yo no puedo creer! *(A Casandra.)* Busca otro libro.

Casandra.—¿Cuál, señorita?

Jenny.—Otro. El que quieras.

Casandra.—Proseguiré la lectura del que dejamos ayer. *(Buscando entre los libros de la mesa. Jenny deja el muñeco.)*

Jenny.—Atención. A ver si nos gustará.

Casandra.—*(Leyendo con arrobo.)* "Bello como Adonis era el Príncipe Timoteo". ¡Qué nombre tan simpático! "Todas las gracias que el Hacedor derramó sobre los mortales, hallábanse reunidas en él." ¡Ay!

Jenny.—*(Dándole un manotón al libro.)* ¡Deja esa tontería! ¡Otro enamorador como el de la Rosa! ¡Quiero un héroe, un verdadero héroe! Más suave, Julia, más suave!

Casandra.—Sí, más suave. No se da cuenta de que me volea las hojas con su impetuosidad. *(Julia abanica suavemente. Aparece Jonathan.)*

Jonathan.—¿Llama la señorita?

Jenny.—No llamo. *(Vase Jonathan.)*

Julia.—¿No quería salir esta tarde la señorita?

Jenny.—Sí, quería salir, pero ya no quiero salir.

Casandra.—A las seis estaba anunciada la función benéfica del Majestic. Ja habrán empezado. Dan buenas películas.

Julia.—Debe ir la señorita.

Casandra.—El auto aguarda hace media hora.

Jenny.—Puede que luego vaya. No; no voy.

Casandra.—Estrenan una de Harry Dickson.

Jenny.—Entonces no faltaré. Contadme algo; algo interesante. ¡Qué aburrimiento! ¿Cuántos ramos ha mandado aquel imbécil de Bryan?

Julia.—Cuatro, señorita.

Jenny.—¿Y cuántas veces ha pretendido verme?

Julia.—Tres.

Jenny.—Si vuelve que le digan que me he ido.

Julia.—No olvide la señorita que a medio día se le dió por excusa que aún no se había levantado la señorita.

Jenny.—Ya lo sé.

Julia.—Luego, que se hallaba indispuesta; más tarde, que estaba enferma.

Jenny.—Y ahora se le dice que, aliviada de pronto por obra y gracia de su estupidez, he salido a la calle y que no regresaré hasta dentro de un par de meses.

Casandra.—¡Un joven tan guapo y distinguido!

Jenny.—¡Demasiado empalagoso!

Julia.—¿Y si vuelve mañana, señorita?

Jenny.—Le das con las flores en la cabeza.

Casandra.—¡Pobrecito!

Julia.—¡Yo no me atrevo!

Jenny.—¡Es fuerte cosa que con tantos años de esperar no me haya salido un pretendiente a mi gusto! *(Pausa.)* Busca un libro que me interese.

Casandra.—*(Cogiendo uno al azar.)* Este es "El Diario de Eva", de Mark Twain.

Jenny.—Tampoco me satisface.

Casandra.—¡Se lee mucho!

Jenny.—Ya sabes que a mí me desagrada lo que agrada a los demás. *(Aparece Jonathan.)*

Jonathan.—La señorita, ¿llama?

Jenny.—Te he dicho que no. *(Vase Jonathan.)*

Casandra.—*(Cogiendo otro libro.)* Leeré "El Jinete de las Montañas Rocosas".

Jenny.—Empieza. ¡Aprisa, Julia! ¡Qué lentitud! *(Julia abanica más aprisa.)*

Casandra.—*(Leyendo.)* "Era un día muy pesado de primavera..."

Jenny.—¡Muy pesado! Sí. Deja el libro. ¡Muy pesado! ¿No es os ocurre nada para quitarme el mal humor? *(A Julia.)* ¡Más despacio! ¡Más despacio!

Julia.—¿Pero cómo lo quiere la señorita? Yo no estoy aquí de esclava! ¿Cómo lo quiere?

Jenny.—*(Indignadísima, tirándole a la cabeza el muñeco.)* ¿Cómo lo quiero? Así. *(Julia huye por el fondo.)*

ESCENA II

Jenny. Casandra.

Jenny.—¡Nadie hace mi voluntad en esta casa! ¡Nadie! Todos se empeñan en contrariarme. ¡Todos! ¡Incluso tú, Casandra!

Casandra.—¡Yo!

Jenny.—¡Te juro que...! *(Coge un jarrón y lo levanta dispuesta a estrellarlo contra el suelo.)*

Casandra.—¡La señorita no puede tener queja de mí! Claro que a veces es exigente la señorita. Yo no protesto. Otras, sin embargo, obra con justicia la señorita. ¡Julia se merece mucho más! ¿Va a tener la señorita consideraciones con una muchacha indócil y atolondrada? Anda soliviantando a la servidumbre; hace carantoñas a los criados y el mayordomo que aunque serio es algo aficionado a las mocosillas, le pone buena cara. Por eso no se oculta de decir a todas horas que ella no ha nacido para servir.

Jenny.—¿Te molesta que hable con el mayordomo?

Casandra.—No, señorita; lo que me molesta es su modo de proceder. No he de negar que el mayordomo me gusta y que de no casarme con un comerciante o con un empleado distinguido, sólo con un mayordomo me he de casar.

Jenny.—Si te dijera que hay momentos en que te envidio no me creerías. Tienes anhelos, aspiraciones, deseos. Yo, que puedo satisfacer cuantos caprichos se me antojan, no se me ocurre

nada que desear. El tedio me consume. ¿Por qué no habré nacido pobre!

Casandra.—Yo sé un remedio infalible para su aburrimiento.

Jenny.—¿Cuál?

Casandra.—Es un remedio en el que yo sueño a todas horas. La señorita puede obtenerlo fácilmente.

Jenny.—Di.

Casandra.—El matrimonio.

Jenny.—¿No se te ocurre otra cosa?

Casandra.—El matrimonio la distraerá.

Jenny.—¡Casarme! ¡Lo que hace todo el mundo! ¿Y con quién?

Casandra.—Con un joven que la guste.

Jenny.—¡No me gusta ninguno! Te lo repito: ¡no me gusta ninguno!

Casandra.—Entre los adoradores de la señorita hay muchos recomendables. La señorita debe decidirse. La señorita no es ninguna niña. No le ocurra luego a la señorita lo que me ocurrió a mí: un capitán de la marina mercante me hacía el amor, pero yo manifestaba predilección por un militar. Tanto dudé que el primero se casó con una irlandesa y el militar fué destinado a Filipinas. Nada més supe de él. Creí al principio en un naufragio, luego en un cautiverio en lejanas tierras. Por fin, hace seis días, le vi paseando al lado de una dama respetable y de ocho hijos coloradotes como manzanas. ¡No me conoció! ¡Perdí la ocasión de ser madre de ocho hijos!

Jenny.—¿Y eso te embelesa?

Casandra.—¿Ser madre? Es nuestra misión.

Jenny.—Tampoco me seduce.

Casandra.—No lo piense usted más. Cásese. Es un consejo de mujer que ha amado mucho y que por no escoger a tiempo sigue aún soltera.

Jenny.—No veo a mi alrededor a nadie que pueda influir en mi vida.

Casandra.—Abra bien los ojos.

Jenny.—¿Cuál escogerías tú?

Casandra.—Pues... Todos los que asedian a la señorita son dignos de atención. Por ejemplo, el hijo del millonario Wardfield...

Jenny.—¡Memo de nacimiento!

Casandra.—¡No desprecie usted, señorita, lo que tal vez más tarde no ha de encontrar!

Jenny.—¿Qué hablas? ¡Con mi dinero puedo comprar al hombre que se me antoje! No obstante ,tienes razón. Tu voz es la del Destino. Me casaré. Puede que un marido me distraiga. *(Toca un timbre.)*

ESCENA III

Dichos. Jonathan.

Jonathan.—¿Ha llamado la señorita?

Jenny.—Ahora sí. Avisa a papá que necesito verle al instante. Asunto serio, muy serio.

Jonathan.—Quedará complacida la señorita. *(Vase.)*

Casandra.—¡Es un mayordomo que honra una casa! ¡Qué distinción! ¡Cómo se parece al militar!

Jenny.—¡Me caso! ¡Resueltamente me caso! Y ello ha de ser pronto! No te apenes, Casandra. Seguirás a mi lado.

Casandra.—¡Dejar a míster Sheldon!

Jenny.—¿Lo sientes por papá o por Jonathan?

Casandra.—Por lo dos. *(Ruborosa.)*

Jenny.—Más por Jonathan que por papá.

Casandra.—Por los dos, señorita.

Jenny.—Ya supongo que ser ama de llaves en esta casa es poco divertido.

Casandra.—¡Muy poco!

Jenny.—¡Qué hombre intolerable es papá!

Casandra.—No.

Jenny.—Sí. Para soportarle es preciso quererle como le queremos; de lo contrario...

ESCENA IV

Jenny, Casandra, Sheldon, por el fondo.

Sheldon.—¿Qué ocurre, hija de mi alma?

Jenny.—Papá, óyeme bien. Acabo de tomar una enérgica resolución. Es inútil que te opongas. Me caso.

Sheldon.—¡Gracias a Dios! ¡Ya era hora! ¿Y quién es el afortunado, quién, hija mía?

Jenny.—No lo sé aún.

Sheldon.—¿No lo sabes?

Jenny.—Disponlo todo para la boda.

Sheldon.—¡Mas sin contar con un novio...!

Jenny.—¿Te niegas?

Sheldon.—Pero...

Jenny.—¡Te niegas! ¡Me lo imaginé! Se lo estaba diciendo a Casandra: papá es un tirano, un dictador. Doce millones me legó mi madre; dámelos y me marcho.

Sheldon.—Debo advertirte que para tus caprichos has gastado más de la mitad.

Jenny.—¿Especulas también con tu hija?

Sheldon.—¿Oye usted, miss Benchley? Contéstele a esa ingrata que he sido un padre como pocos. ¿Quién me ha obligado a comprar fincas que luego he tenido que malvender?

Jenny.—Ganando un cincuenta por ciento.

Sheldon.—¿Quién ha paseado siempre los mejores modelos de autos de San Francisco?

Jenny.—Para acreditar marcas de las que eres comanditario.

Sheldon.—¿Quién tiene la colección de perlas más valiosa de todo el país?

Jenny.—Producto de tus pesquerías del Golfo.

Sheldon.—¿Y los perros, y los caballos, y los vestidos, y las joyas?

Jenny.—Lo pago yo.

Sheldon.—Pagas tus caprichos, tus extravagancias, lo que en mil ocasiones te he dicho que no podia tolerar. ¿Te obstinas? Pues gasta de lo tuyo.

Jenny.—Y lo gastaré siempre que se me antoje. Es la herencia de mamá, de la pobre mujer que se marchó de este mundo por no tener más fuerzas para soportarte.

Sheldon.—No quiero ofender la memoria de la que fué una santa; pero yo diría por no soportarte a ti.

Jenny.—Me obligó a prometer que me casaría lo antes posible por sospechar que si continuaba a tu lado sería víctima de tu egoísmo.

Sheldon.—Te obligó a ello por sospechar que con tu carácter no te casarías nunca. Tenías entonces veintidós años; han pasado cinco y seguimos igual.

Jenny.—Y seguiríamos así, de hacerte caso. Pero no lo esperes. ¡Me casaré! ¡Me casaré!

Sheldon.—¡Ojalá fuese mañana!

Jenny.—¡Comprendo! ¡Lo que anhelas es deshacerte de mí! ¡Nunca me has querido!

Sheldon.—¡A esta hija no hay quien la entienda!

Jenny.—Pero soy yo quien se marcha, ¿lo oyes? No me echas tú; me voy. No olvides que quiero las cuentas claras. Y te demostraré que en mi casa me administro mejor. Que soy un ama modelo. ¡Quiero ser dueña de mi casa! Sí, me lo he propuesto.

Sheldon.—Lo que te has propuesto es apurar mi paciencia. No tienes en consideración que aún soy joven, que llevo una existencia trabajada y que necesito un poco de expansión antes de morir. Si te casaras con un hombre conveniente para los dos, yo podría encargarle mis asun-

tos. ¡Otras muchachas a tu edad se han casado y divorciado y vuelto a casar! Cásate de una vez y divórciate al día siguiente si es tu gusto; pero cásate ya, aunque sea con mi secretario.

Jenny.—¿Qué ha dicho?

Casandra.—Con el secretario.

Jenny.—¡Gran idea! ¡Original! ¡Casarme con el secretario de mi padre! No se me había ocurrido! ¡Poder estar al corriente de tus trapisondas! ¿Dónde está ese joven?

Casandra.—En su despacho, seguramente.

Jenny.—Dile de mi parte que venga. *(A Casandra.)*

Casandra.—En seguida, señorita. *(Vase Casandra.)*

ESCENA V

Jenny y Sheldon.

Sheldon.—¿Qué te propones?

Jenny.—Casarme con tu secretario.

Sheldon.—Pero...

Jenny.—No me lleves la contraria, papá. ¿Es elegante? ¿Distinguido?

Sheldon.—Y joven y simpático. Ya le conoces.

Jenny.—Como no me interesaba, me he fijado poco en él. ¿Cuánto tiempo lleva a tu servicio?

Sheldon.—Un mes escaso. Tiene inteligencia, voluntad, grandes condiciones para ocupar altos puestos. Me fué recomendado eficazmente por el anterior secretario. Es un muchacho que llegará, pero actualmente es muy poca cosa.

Jenny.—Con mi protección puede llegar antes. ¡Me caso! ¡Tuviste una idea genial!

Sheldon.—¡Maldita boca la mía! ¿Por qué se me habrá ocurrido?... No te conviene ese joven.

Jenny.—Me conviene, me conviene. ¡Si lo sabré yo!

Sheldon.—¡Sé razonable, hija mía! Elige entre tus mu-

chos pretendientes uno que nos iguale en posición, que tenga por lo menos un nombre ilustre. Reflexiona que soy el presidente del Trust Minero Californiano, que mi padre fué...

Jenny.—El más desalmado explotador de los pobres pescadores de perlas del Golfo.

Sheldon.—¿Qué dices? Y mi abuelo...

Jenny.—Un pirata.

Sheldon.—¡Jenny!

Jenny.—Sí, un pirata; lo sabe todo el mundo.

Sheldon.—Cállalo ,aunque sólo sea por dignidad. ¡Juzgas a la familia!

Jenny.—!Poco tengo que agradecerle a la familia! Si no hubierais saqueado a tanto infeliz, yo no poseería la fortuna que poseo y me podría casar con quien me diera la gana.

Sheldon.—¡Reflexiona, Jenny!...

Jenny.—No reflexiono. Ya lo he dicho: me quiero casar y me quiero casar.

Sheldon.—¡Cásate! ¡Cásate!

Jenny.—Con tu secretario.

Sheldon.—Bueno; con él.

Jenny.—Sí, sí, sí, con él. ¡No me contradigas! Con él. Con él. *(Tira un almohadón a míster Sheldon, que lo recibe en pleno rostro. Al ir a tirarle otro, aparece Tommy Drake.)*

ESCENA VI

Dichos y Tommy.

Sheldon.—Adelante, míster Drake, adelante. Le estaba enseñando a mi hija que cuando en el juego de tennis viene una pelota así... *(Tira suavevemente el almohadón sobre el diván.)*

Jenny.—Se devuelve así. *(Dándole con el que tiene en la mano en mitad de la cabeza.)*

Sheldon.—¡Qué graciosa! *(Riendo, para disimular su enojo.)*

Tommy.—¿La señorita deseaba hablarme?

Jenny.—Acérquese usted. Más, más. Dése usted vuelta. *(Tommy obedece extrañado.)*

Tommy.—¡Dios mío! ¡Qué tendré yo!

Jenny.—¡Elegante! ¡Distinguido! Sí.

Sheldon.—Perdone usted... Un capricho de mi hija. Se ha empeñado en que mi sastre, que es el mejor de San Francisco, corta muy mal. Asegura que el de usted...

Jenny.—No mientas. Le he llamado para... Dése usted vuelta de nuevo. *(Tommy obedece sonriente.)*

Sheldon.—¡Jenny!

Jenny.—Le he llamado porque papá quiere casarme a toda costa y se obstina en que me case con usted..

Sheldon.—¡Horrible!

Tommy.—¡Cómo! ¿Tuve el honor de que míster Sheldon se fijara en mí?

Sheldon.—Tuve yo el... la...

Jenny.—No te molestes. A pesar de su elegancia no me gusta.

Sheldon.—¡Pero hija mía!...

Jenny.—No insistas, papá. Siento contrariarte. ¡Desechado!

Sheldon.—¡Bonito papel el mío!

Jenny.—Tenías tú razón: ¡poquita cosa!

Tommy.—¡¡Poquita cosa!!

Jenny.—Nunca me casaré con él.

Tommy—¡¡Poquita cosa yo!!

Sheldon.—¡Húndete, tierra!

Tommy.—Agradezco su franqueza, señorita. Tampoco yo me casaría con usted ni aun pidiéndomelo de rodillas.

Jenny.—¡Qué insolencia!

Tommy.—Ni aun pidiéndomelo de rodillas. *(Jenny abre unos ojos como naranjas.)* ¿Le sorprende?

Cosas imposibles se realizan; pero ¿usted mi esposa? Jamás.

Jenny.—Sepa usted, caballerete, que he sido solicitada por los más interesantes jóvenes de San Francisco.

Tommy.—No lo dudo.

Jenny.—Por los más ricos.

Tommy.—¿Eso qué importa?

Jenny.—Por todos los de más ilustre nombre.

Tommy.—Por todos no. Aunque pobre, pertenezco a una familia distinguida, y yo no la he solicitado a usted. Soy nieto de conquistadores. Los Drake descendemos en línea recta del gran navegante inglés. Mi bisabuelo por parte de mamá, fué el Mayor Emory, uno de los colonizadores de California.

Sheldon.—¡El Mayor Emory!

Jenny.—¡Otro pirata!

Sheldon.—¡El protector de mi abuelo! ¡Su amigo del alma! ¡El entrañable! Venga un abrazo. *(Se abrazan.)*

Jenny.—¡Poquita cosa y papá sellando estrecha alianza! ¿Qué saldrá de ella?

Tommy.—Algo que ha de enorgullecerla a usted.

Jenny.—¿A mí? Aunque descendiera de los emperares de la China, me tendría sin cuidado. Ya lo he dicho. Su esposa, jamás.

Tommy.—De acuerdo, señorita. ¿Ignora que para casarse conmigo le hace falta lo mejor?

Jenny.—Tengo lo principal, dinero.

Tommy.—¿Y corazón?

Jenny.—¿Lo exige el pastor para la boda?

Tommy.—Lo exijo yo, que aunque poco valgo, es cierto, valgo más de lo que cree usted.

Jenny.—Estando conforme el novio que elija...

Tommy.—¿Qué novio va usted a encontrar?

Jenny.—¿Acaso soy alguna vieja?

Tommy.—No, es usted una niña.

Jenny.—¿Fea?

Tommy.—Pasable nada más. *(Sheldon se ríe.)*

Jenny.—¡Eh! ¡Cómo! ¡Echalo, papá! Se permite insultarme! ¡Echalo! ¿Te ríes? ¡Mal padre! ¡Verdugo! ¡Toma! *(Tirándole un jarro que se rompe y yéndose indignada por el fondo.)*

ESCENA VII

Sheldon y Tommy.

Sheldon.—¡Bravo, Tommy! Permítame que le trate con familiaridad. ¡Qué lección la que acaba usted de dar a Jenny! Sólo un nieto del gran Drake es capaz de habérselas con esa fierecilla.

Tommy.—Le pido a usted perdón por mis incorrecciones. No he podido dominarme!

Sheldon.—Es que la escena que nos ha hecho representar!...

Tommy.—Debí conducirme de otro modo con una serita.

Sheldon.—¿Conque Emory por parte de madre? ¡Qué alegría! Al Mayor Emory debió mi abuelo la base de su fortuna. Es un honor para mí albergarle a usted en esta casa. ¿Por qué no lo dijo antes?

Tommy.—Ignoraba la amistad fraternal de nuestros anpasados.

Sheldon.—Muchos objetos que le pertenecieron guardo en lujosas vitrinas. ¿No los ha visto usted en el salón? La espada con que venció a los Comanches, su pistolera, su libro de notas... ¡Cuántas veces mi padre me llevó ante esas reliquias sagradas para decirme: nunca los Sheldon pagaremos a los descendientes de quien las usó, el bien que nos hizo.

Tommy.—¡Excesiva bondad!

Sheldon.—Justo agradecimiento. La suerte ha querido que le encontrara a usted, y yo, que no ol-

vido la recomendación, voy a pagar una pequeña parte de la deuda. Su porvenir está a mi cargo. Pídame lo que guste.

Tommy.—¡Soy tan ambicioso!

Sheldon.—No importa.

Tommy.—Lo que le voy a pedir se relaciona con su hija.

Sheldon.—¿Quiere usted casarse con ella? Sería un gran honor para mí. ¡Drake y Emory! Dos apellidos ilustres. Falta sólo su consentimiento, que después de lo ocurrido juzgo algo difícil de alcanzar.

Tommy.—Más difícil aún es lo que quiero. Dije que mi ambición era grande.

Sheldon.—¿Qué es lo que quiere usted?

Tommy.—Poner en práctica una teoría del Mayor Emory. Obstáculo que se atraviesa en el camino, decía, no hay que cejar hasta salvarlo.

Sheldon.—¿Y usted ha encontrado alguno?

Tommy.—El carácter indomable de su hija.

Sheldon.—¿Y pretende usted...?

Tommy.—Domesticarla.

Sheldon.—Creería antes que el mundo puede parar su carrera, que Jenny llegar a ser obediente y razonable.

Tommy.—La verá usted sumisa y cariñosa.

Sheldon.—Si realiza usted tal milagro, le juzgaré el hombre más inteligente de Norteamérica.

Tommy.—Y yo entonces me atreveré a pedirle la administración de todos sus negocios.

Sheldon.—Que he de confiarle gustoso, convencido de su capacidad.

Tommy.—Mi ambición es sucederle, ser rico y considerado, pero antes quiero pasar por esa prueba.

Sheldon.—¿Y si sale usted derrotado?

Tommy.—Con un modesto empleo lejos de San Francisco me conformo. El hombre que fracasa en una empresa en la que pone todas sus esperanzas, no es merecedor de más.

Sheldon.—¡Me sorprende ese interés! En fin... Estoy acostumbrado a respetar tantos caprichos... ¿Cuál ha de ser en adelante mi actitud?

Tommy.—Completamente pasiva.

Sheldon.—Bien. Muy bien. Dios le ayude a usted, que lo veo muy problemático. Vencedor o vencido, se le considera ya como de la familia.

Tommy.—Gracias, míster Sheldon. Me hace usted el más feliz de los hombres.

Sheldon.—Esta noche cena usted con nosotros.

Tommy.—Encantado.

Sheldon.—Puede usted ir a prepararse si es su gusto.

Tommy.—Con permiso de usted. *(Vase Tommy.)*

ESCENA VIII

Sheldon; en seguida *Jonathan.*

Sheldon.—¡Domesticar a Jenny! ¡Qué cosa tan rara! ¿Qué le importará a él que mi hija...? ¿Estará enamorado de ella? Por sí o por no, le allanaré el camino. *(En este momento ve a Jonathan, que entra por el fondo.)* Oiga usted.

Jonathan.—Precisamente yo buscaba al señor.

Sheldon.—¿Ocurre algo? ¡Tiemblo!

Jonathan.—La señorita, al salir, tiró todo lo que halló a mano a la cabeza de los criados. Quieren despedirse.

Sheldon.—¡Por Dios! ¡Que tengan un poco de paciencia! Mi hija es así... caprichosilla, y hay que soportarla.

Jonathan.—Miss Benchley es la que insiste en marcharse.

Sheldon.—A esa de ninguna manera se lo puedo permitir. Juré a mi esposa tenerla siempre a mi lado. Hablaré con ella... De los demás, hay alguno... Mándeme a Julia.

Jonathan.—¿Va el señor a reprenderla?
Sheldon.—Nunca. En tal caso sería cosa de usted. ¡Reprender a una muchacha tan simpática!
Jonathan.—¡Y tan servicial!
Sheldon.—Con una carita tan agradable.
Jonathan.—¡Y un cuerpo tan bonito!
Sheldon.—¡Y unos ojos tan preciosos!
Jonathan.—¡Y una garganta!
Sheldon.—¡Y un pie...!
Jonathan.—¡Y una...!
Sheldon.—¡Y unos...!
Jonathan.—Acabe el señor.
Sheldon.—Acabe.
Jonathan.—Usted primero.
Sheldon.—No; yo ya he terminado. Vaya usted en su busca.
Jonathan.—En seguida, señor. *(Vase Jonathan.)*

ESCENA IX

Sheldon; en seguida Julia.

Sheldon.—Si esa muchacha estuviera dispuesta a servirme... ¡Estará! ¡Vaya si estará! Ya me dijo el otro día: Míster Sheldon, todo lo que usted quiera. Y yo quiero... quiero tomarla bajo mi protección. *(Aparece Julia, recelosa.)*
Julia.—Señor.
Sheldon.—Venga usted aquí. He de reñirla.
Julia.—Sé lo que el señor va a decirme. No es mía la culpa. Hago cuanto puedo por agradar a la señorita sin conseguirlo. Me buscaré otra casa.
Sheldon.—¿La ha despedido?
Julia.—¿No me llama para eso el señor?
Sheldon.—¿Despedirla a usted? ¡Al contrario! Mi hija está contentísima de sus servicios y yo estoy contentísimo de usted.
Julia.—¿Es de veras, señor? *(Con aire inocente.)*

Sheldon.—Y voy a aumentarle el sueldo.

Julia.—¡Me sorprende!

Sheldon.—¿Por qué?

Julia.—Como dijo el señor: he de reñirla.

Sheldon.—Porque me oculta usted cosas...

Julia.—¿Qué cosas?

Sheldon.—Cosas que no me debe usted ocultar.

Julia.—¡Yo!

Sheldon.—¡Picarilla! Acérquese. ¡Qué mona! Tengo grandes proyectos respecto a usted. (¡Cómo me gusta esta muchacha.) Acérquese más. *(Julia obedece.)* ¡Qué ojos!

Julia.—¿Estoy bien aquí? *(Muy cerca de él.)*

Sheldon.—¡Requetebién! ¿Qué pensaría la simpática Julia si yo la obsequiase con un billete de cincuenta dólares?

Julia.—Que era verdad lo del aumento.

Sheldon.—¿Y si el billete viniera acompañado de una sortija?

Julia.—¿De brillantes?

Sheldon.—¡Claro!

Julia.—Pensaría... Lo que pensaría no me atrevo a decirlo.

Sheldon.—Suyo es todo si accede a lo que la voy a pedir.

Julia.—¿Qué va a pedirme el señor?

Sheldon.—Diga si acepta el obsequio.

Julia.—Mi educación no me permite corresponder a un favor con una grosería. Puede regalarme el señor cuanto guste siendo con fines honestos.

Sheldon.—Muy honestos

Julia.—Pues... el señor dirá.

Sheldon.—¿Por qué me pone usted esos ojos tan picarones?

Julia.—Para que hablen por mí.

Sheldon.—¡Es que están preguntando unas cosas...!

Julia.—Preguntan por la sortija.

Sheldon.—Vamos a ver: la conducta de mi hija se está haciendo incomprensible. No es lógico en una

mujer de su edad tal animadversión al matrimonio. Se burla de cuantos candidatos se le presentan; recurre a todos los medios posibles para alejarlos. A veces parece claudicar y manifiesta el deso de casarse; pero en el fondo no hay tal cosa. ¿Sabe usted si tiene algún amorcillo oculto? Usted lo debe saber. ¿Porque lo calla?

Julia.—Yo...

Sheldon.—Ese es el motivo de querer reñirla.

Julia.—Yo creí...

Sheldon.—Hábleme sin reparos. La doncella que conoce su obligación busca siempre la manera de ser la confidente de su señorita. Corresponderé a su franqueza con una protección decidida. ¿Quién es el predilecto de Jenny?

Julia.—¿El predilecto?

Sheldon.—No me engañe, porque entonces sería peor para usted. Ya supongo que una chica tan bonita es incapaz de engañar a nadie. La verdad.

Julia.—¿La verdad?

Sheldon.—El anillo lo tiene usted seguro.

Julia.—Siento desilusionar al señor. La señorita no quiere a ningún hombre. Todos le parecen despreciables.

Sheldon.—¡Despreciables! ¿Qué pretende entonces?

Julia.—Vaya usted a saber. Por lo visto aún no ha nacido su ideal. Habla siempre de un héroe; de un ser extraordinario. Algo que ha visto o ha leído en alguna parte .

Sheldon.—¡Me va a matar!

Julia.—No, ¡por Dios! No se muera usted, Mister Sheldon.

Sheldon.—¡Tunantuela!

Julia.—¿Vamos a buscar la sortija?

Sheldon.—Pase usted. *(Al ir a marchar entra Jenny como un torbellino. Viste traje elegantísimo de tarde.)*

ESCENA X

Dichos y Jenny.

Jenny.—¡Papá! ¡Una gran noticia! ¡Estoy loca de contento! *(Da el sombrero a Julia. Esta se va por el fondo.)*

Sheldon.—¿Qué te pasa?

Jenny.—¡Ya tengo novio! ¡Novio a mi gusto! ¡Qué hombre! ¡Un héroe! ¡El que soñaba! Viene a comer. Me haces el favor de pedirle su mano.

Sheldon.—¡Yo he de pedirle!...

Jenny.—Su mano, sí.

Sheldon.—¿La suya?

Jenny.—La suya. ¿Ha de ser siempre el hombre el que solicite? ¿No puedo tener la satisfacción de ser yo ¡Vivís en plena barbarie!

Sheldon.—¡Hija, me aturdes!

Jenny.—Fuí al Majestic. ¡Estaba lleno! Lo mejor de la ciudad. Una matinée a beneficio del nuevo Manicomio.

Sheldon.—Que tú estrenarás.

Jenny.—¡Gran expectación a mi llegada!

Sheldon.—Es natural. Los locos no deben andar sueltos.

Jenny.—Estrenaban una película. "El héroe maravilloso". Protagonista, Harry Dickson: una estrella de la Lighthouse. ¡Y mira qué casualidad! El héroe en persona estaba allí, en el palco de enfrente. Aunque llegué casi al final, me exaltó con sus hazañas. Aplaudo entusiasmadísima, dirigiéndome a él. Me sonríe, me saluda, me mira fijamente... De pronto me siento cautivada por el brillo intenso de sus ojos. Le he mandado por el groom una tarjeta, invitándole a comer con el pretexto de que tú has de hablarle de un asunto importantísimo. ¡Me caso con una estrella, papá!

Sheldon.—¡Ojalá te casaras con el sol y te fueras a vivir a muchos millones de pies de altura!

Jenny.—Harry Dickson goza de gran fama y popularidad. No podrás decir que me caso con un cualquiera.

Sheldon.—¿Qué te propones con este nuevo capricho?

Jenny.—Que me envidien las mujeres. No sabes el partido que Harry tiene entre ellas.

Sheldon.—¡Será algún niño bonito!

Jenny.—Al contrario: un hombre, un verdadero hombre; muy distinto de esos jóvenes de alfeñique que me rodean. ¡Mi ideal!

Sheldon.—¡Pero no el mío!

Jenny.—Tú no has de casarte con él. Sin embargo, cuando le conozcas quedarás encantado. ¡Qué trato tan afable! Quiero que mañana publiquen la noticia todos los periódicos.

Sheldon.—No hija mía, no disparates. ¡Un artista! ¡Un libertino, seguramente! ¡Nunca! Debo mirar por tu porvenir. Antes me decido por mi secretario; ¿oyes? por mi secretario.

Jenny.—Es ya tarde, papá. Supongo que lo habrás despedido.

Sheldon.—No lo he despedido.

Jenny.—Yo me encargaré. Ve a vestirte para recibir dignamente a mi novio, y mucha amabilidad, sobre todo mucha amabilidad. ¿No querías que me casara? Pues me caso. Ya habrás logrado tu deseo. ¡Egoistón! *(Sheldon quiere hablar, pero ella le empuja hasta echarlo. Desaparece Sheldon por la primera derecha.)*

ESCENA XI

Jenny. En seguida *Tommy.*

Jenny.—Poco tardará en llegar. Al saber que el millonario William Sheldon desea hablarle, acudirá

presuroso. ¡Qué emoción! ¿Estaré enamorada? *(Coge una margarita y la deshoja.)* ¿Lo estoy? No lo estoy. ¿Lo estoy?

Tommy.—*(Aparece por el fondo. Viste de frac. Su actitud es humilde.)* ¿La señorita quiere recibir a un joven...?

Jenny.—Adelante (¡Ya está aquí!) *(Se ha sentado en el diván de espaldas a la puerta.)*

Tommy.—Señorita...

Jenny.—Pase el caballero.

Tommy.—Señorita... *(Acercándose.)*

Jenny.—Puede acercarse y besar mi mano. *(Tendiendo la mano a Tommy, que la besa sorprendido.)* ¡Ay! *(Lanza un suspiro de satisfacción, creyendo que es el que espera.)*

Tommy.—¿Qué le sucede a usted?

Jenny.—*(Dándose vuelta rápidamente.)* ¡Cómo! Atrevido! ¿Dónde está nuestro invitado?

Tommy.—Soy yo...

Jenny.—¿No ha llegado un caballero?

Tommy.—Yo, que vengo a pedirla perdón. Ofendí antes a la señorita.

Jenny.—Le perdono.

Tommy.—Gracias.

Jenny.—Me siento clemente. Pero quítese pronto de mi vista. No quiero que su desagradable presencia enturbie la felicidad que entra hoy en mi hogar.

Tommy.—Bien, señorita.

Jenny.—Y diga usted al mayordomo que no deje de anunciarme la llegada de nuestro huésped.

Tommy.—¿Qué huésped?

Jenny.—Mi novio. Me caso.

Tommy.—¿Con quién?

Jenny.—Con un hombre...

Tommy.—Lo supongo.

Jenny.—Con un hombre célebre. No tardará usted en leerlo en los periódicos y su admiración no tendrá límites.

Tommy.—¿Quién podrá ser?
Jenny.—Un héroe del mundo cinematográfico: Harry Dickson.
Tommy.—¡Oh! La felicito, señorita.
Jenny.—¿Estuve acertada?
Tommy.—Acertadísima. ¡Contemporáneo de su papá!
Jenny.—No ha cumplido los cuarenta.
Tommy.—Cuando él en una revista declara tener treinta y ocho es que ha llegado por lo menos a los cuarenta y seis.
Jenny.—¡Gana sueltos fabulosos!
Tommy.—Rebaje usted algo esos sueldos.
Jenny.—Las mujeres se lo disputan.
Tommy.—Sobre todo las entretenidas; gasta con ellas cuanto gana y más.
Jenny.—Lo prefiero. Cansado de las diversiones fáciles entrará a gusto en el matrimonio.
Tommy.—¿Cuándo se celebra?
Jenny.—Lo antes posible.
Tommy.—Mi regalo será un báculo y una corona de pámpanos.
Jenny.—¿Para qué?
Tommy.—La vejez y la locura.
Jenny.—¡Basta de insolencias! Retírese y dé gracias a que estoy de buen humor.
Tommy.—Es para estarlo con esa proporción tan envidiable.
Jenny.—No puede usted comprender la importancia de ciertos actos. Tiene razón papá. ¡Es usted poquita cosa!
Tommy.—*(Saltando como si le hubiese mordido un áspid.)* ¡No! ¡Poquita cosa no! ¡Tal calificativo me subleva!
Jenny.—Se niega usted a salir.
Tommy.—Me niego.
Jenny.—Pues yo voy a obligarle. *(Tirándole un jarrón que Tommy coge al vuelo.)*
Tommy.—¡Señorita! ¡Que esto no es propio de usted! A sus años...

Jenny.—¡Me ha llamado vieja nuevamente! ¡Fuera de aquí!

Tommy.—¿Me lo suplica usted?

Jenny.—Se lo...

Tommy.—Suplíquemelo y me marcho.

Jenny.—Le suplico...

Tommy.—¡Ahora! *(Satisfecho.)*

Jenny.—*(Arrepentida de su condescendencia.)* No le suplico nada! ¡Mamarracho! ¡Idiota! ¡Imbécil! ¡Zascandil! *(Vase indignada por el fondo.)*

ESCENA XII

Tommy y Sheldon

Aparece por la izquierda Míster Sheldon. Viene demudado.

Sheldon.—¿Sabe usted lo que ocurre Tommy?

Tommy.—Lo sé.

Sheldon.—¡Qué contrariedad! *(Sentándose abatido.)*

Tommy.—Me lo ha contado ella.

Sheldon.—El sólo anuncio de esa boda es un desprestigio para los Sheldon. ¡Y quiere además que lo publiquen los periódicos!

Tommy.—¡Un disparate!

Sheldon.—Hay que convencer a Harry Dickson de que es preciso renunciar. Le ofreceré una suma importantísima.

Tommy.—Costará disuadirle cuando sepa de lo que se trata. Casarse con Jenny Sheldon en el ocaso de su carrera, es resolver el porvenir. A pretexto del casamiento realiza una retirada honrosa y con los millones de ella y más tarde con los de usted, prosigue su vida de escándadalo y libertinaje.

Sheldon.—¡No, caramba! No. ¡Mi hija a merced de un caballero de industria! De momento se me ocurrió llamarle por teléfono anulando la invita-

ción, pero me temo que ella se presente mañana en su casa y lo eche todo a rodar.

Tommy.—Verdaderamente.

Sheldon.—Tommy, hijo mío, salvemos a esa desgraciada. Busque usted un golpe de efecto que haga honor a su apellido. Yo no tengo fuerza ninguna para obligarla. He perdido toda mi autoridad de padre.

Tommy.—Bien. Yo lo arreglaré, si usted me da plenos poderes.

Sheldon.—He encargado a Jonathan que cuando llegue ese tipo le haga entrar por el pardín.

Tommy.—Excelente idea. Así hablo antes con él y sacando todo el partido posible de las circunstancias, evito ese disparate.

Sheldon.—En usted confío. ¡Que el talento de los Drake y de los Emory se manifieste en usted!

ESCENA XIII

Dichos. Jonathan, por la derecha

Jonathan.—Señor. Acaba de llegar.

Sheldon.—¿Míster Dickson?

Jonathan.—Sí, señor.

Sheldon.—Que pase.

Tommy.—Entretenga a Jenny todo el tiempo posible, mientras yo trato el asunto y poco he de poder o le convenzo. Pero, por Dios, sea usted cauto y si quiere usted triunfar no le lleve la contraria.

Sheldon.—¿De modo que a todo lo que se le ocurra..?

Tommy.—Diga usted que amén.

Sheldon.—¿Amen?

Tommy.—Amén. *(Vase míster Sheldon.)*

ESCENA XIV

Tommy y *Harry* (conducido por *Jonathan* que al marcharse por el fondo enciende las luces.)

Harry.—¿Míster Sheldon?

Tommy.—Tenga usted la bondad... Vendrá en seguida. Yo soy Tommy Drake, su secretario.

Harry.—¡Ah! ¿Usted es Tommy Drake?

Tommy.—¿Me conoce?

Harry.—De nombre. He oído hablar mucho de usted a su antecesor.

Tommy.—¿Son ustedes amigos?

Harry.—Somos parientes. *(Harry se sienta a una indicación de Tommy.)*

Tommy.—El motivo de haberle invitado a usted sin ser personalmente conocido por los dueños de esta casa llamaría poderosamente la atención en otro país que no fuera el nuestro; aquí es muy explicable.

Harry.—¿Se trata de algún negocio?...

Tommy.—Se trata de una boda. La señorita Jenny Sheldon quiere casarse y en un momento de... enagenación mental, le ha elegido a usted. Excuse mis palabras. Dije en un momento de enagenación mental porque esa señorita no tiene muy sano el juicio.

Harry.—A veces una simpatía inexplicable... Un afecto espontáneo...

Tommy.—No; puro capricho.

Harry.—¿Es que la señorita Jenny Sheldon necesita casarse a la fuerza?

Tommy.—No la ofenda usted. La señorita Jenny Sheldon tiene los mejores partidos de California aun en ese caso.

Harry—¿Y me ha elegido a mí?

Tommy.—Es una mujer tan original...

Harry.—He oído hablar de sus extravagancias.

Tommy.—Inconvenientes que presenta esa boda: tengo encargo de Míster Sheldon de exponérselos a usted. Primero su oposición tenaz; no por usted, por ella. Después el temperamento veleidoso de la interesada que no reconoce más ley que su voluntad. Para esa caprichosa los hombres somos juguetes que quiere hacer bailar a su antojo.

Harry.—¡De todos modos he de agradecerla el haber pensado en mí!

Tommy.—Es dueña de una inmensa fortuna que a la muerte de su padre podría quintuplicar si éste no estuviera dispuesto a emplearla en impedir tal boda.

Harry.—¿Sólo esos motivos le inducen a ello? ¿No habrá otros que usted calla? ¿Por ejemplo, mi conducta?

Tommy.—Míster Sheldon es un admirador de su arte y de su talento; siente, además, verdadera simpatía por usted y no quiere hacerle víctima de los devaneos de su insensata hija.

Harry.—Agradezco su buenísima intención, pero... vamos a suponer que a mí ese enlace me halagara.

Tommy.—Es muy posible.

Harry.—Que, convencido de que con una esposa de tal naturaleza, el divorcio es una letra a la vista, yo quisiera sacar partido de la situación...

Tommy.—Puede usted sacarlo sin llegar a ese extremo. ¿Cuánto?

Harry.—¿Se trata de ofrecerme una cantidad?

Tommy.—La que usted fije, siendo razonable.

Harry.—Depende de las circunstancias. Vamos a ver. Figurémonos por un instante que esa señorita, enamorada de alguien, con quien de pronto rompe sus relaciones, busca a un individuo, el que sea, que obligue al novio a claudicar. Ese individuo, despertador de celos e instigador de la reconciliación debe ser un artis-

ta, porque los celos que puede despertar un artista adquieren a veces la violencia de un volcán y más si ese artista goza fama de mujeriego... ¡Sabe usted que para retribuir un papel semejante no hay dinero en el mundo!

Tommy.—Míster Dickson, no se trata de tal cosa. La señorita Sheldon no tiene novio ni lo ha tenido nunca a pesar de sus veintisiete años. No hay un hombre loco hasta el extremo de prenderse de esa insensata. Muchos se arriesgarían a casarse pero por sus millones, por ella no.

Harry.—¿Por qué?

Tommy.—Porque es una desequilibrada.

Harry.—Son las que atraen precisamente. Yo por mi parte ardo en deseos de conocerla.

Tommy.—No veo la necesidad de que el asunto pase más adelante. Fije usted una suma en consonancia con las molestias que se le ocasiona y si por casualidad ella insiste en acercarse a usted, haga lo posible por evitar el encuentro.

Harry.—¿Sabe usted por qué no me he casado todavía? Por no hallar una mujer lo suficiente loca que quisiera amoldarse a mi método especial de vida. El día que la encuentre me casaré. Quién sabe si ha llegado ese día.

Tommy.—¡Míster Dickson!

Harry.—Con permiso de usted. *(Toca un timbre. Entra Jonathan.)* Anuncie usted a la señorita Jenny Sheldon que el señor Harry Dickson desea presentarle sus respetos.

Jonathan.—Está bien, señor. *(Vase Jonathan.)*

Tommy.—*(Resueltamente.)* ¡Míster Dickson! ¿Sabe usted lo que hace?

Harry.—Perfectamente.

Tommy.—Trataba de evitar...

Harry.—Como lo suponía, por eso he llamado. Desistiré o no desistiré de la boda, pero no me niegue usted el placer de conocer de cerca a una señorita que se ha enamorado de mí.

Tommy.—¿Enamorarse?

Harry.—¿Por qué no? Lo mismo puede estar ella enamorada de mí que usted puede estarlo de ella.

Tommy.—¡Yo!... *(Turbándose.)*

Harry.—¿Por casualidad acerte?

Tommy.—¡Qué idea!

Harry.—Está usted a tiempo aún. Y si ella no lo sabe, sino lo ha sospechado, dígaselo de una vez. Puede antes llegar otro...

Tommy.—No piense usted tal cosa.

Harry.—Entonces déjeme usted en completa libertad. Es usted joven; tiene usted atractivos personales, y un rival así sería de cuidado, pero no existiendo...

Tommy.—Yo no amo a esa señorita.

Harry.—La amaré yo.

Aparece Jonathan por el fondo.

Jonathan.—Aquí vienen los señores. *(Queda aguardando.)*

Harry.—Mientras hablo con Míster Sheldon, ¿por qué no se declara usted? Luego será tarde. *(Tommy no sabe qué contestar. De pronto toma una determinación y dice marchándose por la izquierda.)*

Tommy.—Con su permiso. *(Harry Dickson se dirige al fondo muy solícito a recibir a Jenny.) Entra Jenny con elegante traje de comida. Viene del brazo de míster Sheldon. Jonathan vase.)*

ESCENA ULTIMA

Harry, Jenny, Sheldon, luego *Jonathan,* después *Tommy*

Jenny.—¡Sí, es él! ¡El! Se ha apresurado a venir! ¡Cuánta amabilidad!

Harry.—¿Cómo negarme, señorita, a su atenta invitación?

Jenny.—¡Qué galante! *(Dándole la mano.)* Mi papá. *(Saludos.)* ¿Lo encuentras a tu gusto? *A Sheldon.*

Sheldon.—¡Yo! (¿Dónde estará mi secretario?).

Jenny.—Siéntese aquí, a mi lado. ¡Cómo trabajó esta tarde! Tenías que haberle visto, papá. Una maravilla manejando el lazo! ¡Y el revólver! ¡Qué habilidad montado a caballo¡ ¡Qué puñetazos a los que le rodeaban!

Sheldon.—¡De veras! *(Apartándose.)*

Jenny.—¡Y qué besos a la heroina!

Harry.—La realidad es distinta de lo que se ve en el cine.

Jenny.—Sí; es distinta, porque usted de cerca me parece más interesante aún.

Harry.—Y usted a mí muy hermosa.

Jenny.—No hay en el mundo otro artista como él, papá.

Harry.—¡Por Dios!

Jenny.—No sea usted modesto.

Harry.—No, señorita; lejos de mí tal insensatez. En estos tiempos y en nuestro país la modestia es perjuicio y no virtud.

Jenny.—¡Qué psicólogo!

Harry.—¡Tanta amabilidad me confunde!

Jenny.—¡Soy un entusiasta de su arte y de su talento! En la pantalla espío sus actos, sigo sus movimientos, lucho en sus aventuras. Tenemos que hacer una película los dos.

Sheldon.—(¡La estamos haciendo los tres!)

Jenny.—Pasemos al objeto de nuestro llamado. Anda papá.

Sheldon.—¡Yo! Sí. Espera.... (¿Por qué no viene ese chico?)

Jenny.—¡Qué poco decidido eres! Te ayudaré. Harry: soy una muchacha soltera. Poseo doce millones de dollars que me legó mi madre. *(Sheldon va a replicar.)* ¡Doce! Cuando muera papá que no ha de tardar mucho, heredaré una

gran fortuna. Soy mayor de edad y uno de los partidos más codiciados de California. No hay pretendiente que me guste por no reunir las condiciones que apetezco. Usted las reúne. Ahora tú, papá.

Sheldon.—*(Con gran esfuerzo.)* Y tengo el... placer de pedirle a usted mi mano... su mano... la mano de usted, para la señorita Jenny Sheldon, mi hija.

Harry.—¡Tanto honor! *(Levantándose sorprendido.)*

Jenny.—¡Le sorprende, verdad! ¡Muy nuevo! ¡Muy chic!

Sheldon.—Muy...

Harry.—Peticiones de matrimonio he tenido muchas. Los astros cinematográficos somos muy solicitados. A todas contesté mandando mi fotografía con la siguiente dedicatoria: "a un amor imposible".

Jenny.—Pero ahora...

Harry.—Ahora es muy distinto.

Jenny.—¿Acepta usted?

Harry—Hay grandes inconvenientes para nuestra unión.

Jenny.—Todos los salvaremos.

Harry.—No se si estará usted enterada de que soy un adorador de las mujeres bonitas.

Jenny.—Prefiero un amante de la belleza a un indiferente.

Harry.—Tengo pasión por el juego.

Jenny.—En algo hay que pasar el rato.

Harry.—Soy impetuoso, tiránico, irreflexivo.

Jenny.—Le sufriré encantada; sufro a papá.

Harry.—En fin, señorita, hay una razón especial que hace imposible la boda. Por ella debí empezar. Convencido de que el matrimonio es algo trascendental en la vida de los hombres, yo no quiero contraerlo sin persuadirme antes de que mi mujer reúne excelentes condiciones de ama de casa; es decir, que lo mismo en la

opulencia que en la adversidad sabe administrarse.

Sheldon.—Mi hija no se somete a ninguna prueba.

Jenny.—Me someto. Lo que Harry propone me parece bien

Harry.—¿Fijemos, pues, un plazo de tres meses?

Jenny.—¿Para la boda?

Harry.—Claro.

Sheldon.—(¡Y ese Tommy sin venir!)

Jenny.—Yo me quiero casar lo antes posible.

Harry.—Siempre será necesaria esa prórroga. Necesito resolver varios asuntos, cumplir algunos contratos, arreglar mis intereses... Dentro de dos días salgo para una granja que poseo en las estribaciones de Sierra Nevada .

Jenny.—¡Papá!

Sheldon.—¿Qué quieres hija?

Jenny.—Yo también voy.

Sheldon.—¡Otra locura!

Jenny.—No temas. Me acompañarán el mayordomo, Julia y Miss Benchley. Allí se convencerá Harry de que soy la mujer por él soñada.

Harry.—¿Lo ha meditado usted bien? Sola en plena montaña entre reses y cow-boys!

Jenny.—¡Cow-boys! ¡Los hombres valerosos! ¡Cowboys! ¡No hay más que hablar! ¡Sierra Nevada! ¡El monte! Unos días en plena naturaleza. Con lo que envidio yo a la gente del campo. ¡Qué contenta estoy! ¿Y tú?

Sheldon.—¡Bailando! (¡Maldito Tommy!)

Harry.—¿Podemos ya fijar los términos del compromiso?

Jenny.—Cuando usted quiera.

Sheldon.—(¡Esto se remata!)

Jenny.—Diga usted Harry.

Sheldon.—Venimos obligados de hecho a casarnos el día... ¿hoy estamos a doce?, el día doce de agosto próximo, siempre que no lo impida fuerza mayor: enfermedad, invalidez...

Sheldon.—La voluntad de mi hija.

Harry.—No; en ese caso me reservo el derecho a una indemnización que variará según las circunstancias. Enlace tan curioso puede comprometer mi porvenir. Un astro cinematográfico que se casa pierde todo su esplendor.

Jenny.—Aceptado.

Sheldon.—¡Hija mía!...

Jenny.—Qué te importa si no hemos de llegar a tal extremo.

Sheldon.—Considera...

Jenny.—Es mi último capricho. El último decididamente. Bien me lo puedes permitir. Al finalizar la comida extenderemos el contrato.

Harry.—Conforme, señorita.

Jenny.—¡Novia de Harry Dickson, del artista célebre! ¡Voy a ser la envidia de todas mis amigas! ¡Alégrate papá!

Harry.—El anillo. *(Quitándoselo de un dedo y poniéndoselo.)*

Jenny.—¡Precioso!

Jenny acerca a Harry su frente, que él besa.

Harry.—El beso. *(La besa largamente.)*

Sheldon.—¡Basta ya!

Jenny.—¡Es un beso de película!

Sheldon.—¡De película de series! *(Aparece Jonathan.)*

Jonathan.—Cuando los señores gusten.

Jenny.—A la mesa. Harry.

Harry.—¡Señorita!

Jenny.—¡Mi héroe! ¡Mi amor!

(Se van del brazo. Tommy aparece por la decha. Lo ha oído todo y se deja caer abatido sobre el diván. Sheldon está que estalla.

Sheldon.—¡Se ha lucido!

Tommy.—¡Me he lucido!

Sheldon.—Yo confiando en su sagacidad no la llevé la contraria. ¡Y esa boda se realiza!

Tommy.—Se realiza...

Sheldon.—¿Y usted es un descendiente de los Drake?

¿Y lleva usted en sus venas sangre de los Emory?

Tommy.—¡Sangre de horchata, míster Sheldon! ¡He deshonrado dos apellidos ilustres! ¡Su hija y usted tienen razón! ¡Soy muy poquita cosa! ¡Muy poquita cosa!

TELON

ACTO SEGUNDO

Interior rústico de una granja. Fuera, paisaje agreste.

ESCENA PRIMERA

Casandra y Julia

Al levantarse el telón la escena está sola. Pausa. Se oye dentro la voz de Casandra.

Casandra.—¡Clara! ¡Clara! ¡Esther! ¡Clara ¡Esther!
Aparece Casandra por la derecha
¡Nadie contesta! ¡Qué raro!
Consultando su reloj de pulsera
¡Las once! He dormido quince horas! El ajetreo del viaje... ¡Me acosté rendida! ¡Y qué cama! ¡Me duele todo el cuerpo! ¿Habrá llamado la señorita?
Yendo a la izquierda
¿Se puede? ¡Tampoco hay nadie en esa habitación!
Entra Julia por el fondo

Julia.—Buenos días, Miss Benchley. ¡Tarde se levanta usted!

Casandra.—¿De dónde vienes?

Julia.—De recorrer los alrededores. ¡Qué paisaje tan agreste! No se puede andar.

Casandra.—Y menos con esos zapatitos que dejarás entre las guijas.

Julia.—Creí que esto sería parecido a Spring Garten donde estuve hace dos años. ¡Qué diferencia! Espléndidos hoteles, parques soberbios...

Casandra.—En cambio hay aquí unas camas que son de roca!

Julia.—¡A quién se lo cuenta usted!

Casandra.—¿Dónde está la señorita?

Julia.—Salió a caballo al amanecer.

Casandra.—¿Sola?

Julia.—Con el mayordomo que a ruegos de ella se ha vestido como los vaqueros.

Casandra.—¡Debe estar admirable!

Julia.—¡Parece un comparsa de película!

Casandra.—Yo quiero desayunarme. ¡Clara!

Julia.—¿Llama usted a la criada que nos sirvió anoche?

Casandra.—Sí.

Julia.—Se fué, Míster Dickson la ha despedido.

Casandra.—¿Cuándo?

Julia.—Hace dos horas. Pero, ¿no oyó usted nada?

Casandra.—No.

Julia.—¡Ha habido una escandalera terrible! ¡Qué genio tiene el condenado! ¡Ríase usted del de la señorita! Se lió a puñetazos con todo el mundo y echó a cuantos habitaban la granja.

Casandra.—¡Qué dices!

Julia.—No queda en ella más que Esther.

Casandra.—Esa, me lo explico.

Julia.—¿Por qué?

Casandra.—Porque esa... ¡Hum! ¡Vi anoche unas cosas!... ¿Y estamos sin servidumbre?

Julia.—Ya lo ha oído usted. Creo que míster Dickson salió en busca de otra gente.

Csandra.—¡Cuando se entere la señorita!... Llama a la muchacha. Siento un desfallecimiento!...

Julia.—Y yo. ¡Esther! ¡Esther!

ESCENA II

Dichos y Esther

Aparece por la izquierda, viene a buscar unas coles de un cesto donde hay verduras.

Esther.—¡Buenos días!

Casandra.—Traíganos el desayuno.

Esther.—¡Yo! ¡Ay pobre de mí! No puedo entretenerme. Estoy preparando la comida que la pidió el amo para las doce en punto y no sé como me voy a arreglar.

Julia.—Cualquier cosilla.

Esther.—En la despensa no hay nada. La saquearon los vaqueros. Aquí hallarán unos tomates, cebollas... *(Señalándoles el cesto.)*

Casandra.—¿No hay un vaso de leche?

Esther.—Si quieren ordeñarla ustedes mismas...

Casandra.—¡No es eso lo tratado! Yo diré a míster Dickson cuando vuelva...

Esther.—Bueno estará él después del disgusto de esta mañana. Al que le hable le muerde. Me obligó a quedarme a la fuerza. Yo quise protestar, pero como en la montaña no podemos hacer respetar nuestros derechos, pues... aguantarse. Me dijo: tú te quedas y me cuidas de la granja y nos guisas la comida y yo aunque no sé, obedezco la ley de más fuerte.

Casandra.—¡Qué conflicto!

Esther.—La señorita Sheldon pudo haber traído servidumbre.

Casandra.—El le aseguró que aquí la había.

Esther.—La había, pero no la hay. *(Vase.)*

ESCENA III

Casandra y Julia

Julia.—¡Ja, ja, ja! *(Riéndose.)*

Casandra.—¡No te rías! Lo mismo aquí que en la ciudad yo he de tener una doncella a mi servicio. ¡Pronto se arrepentirá la señorita de haber hecho esta locura!

Julia.—No lo crea usted.

Casandra.—¡Me engañó la señorita! Díjome que íbamos a vivir en una granja como las que se ven en los films; con sus vaqueros distinguidos, sus mozas de rubia cabellera y sus donceles románticos.

Julia.—¡Recuerde usted la facha de los hombres que salieron anoche a recibirnos! ¡No los he visto más toscos ni más feos en mi vida!

Casandra.—¡Y no hablemos de esos camaranchones propios para cerdos! ¡La señorita habrá protestado!

Julia.—¡Al contrario! ¡Está encantada! ¡Bendito mi San Francisco donde se vive tan bien!

Casandra.—¡Con tantas comodidades!

Julia.—¡En cambio en esta sierra...!

Casandra.—Meternos catorce horas en un tren, ocho en un desvencijado carricoche, y encontrarnos con esas privaciones... No lo pensemos más. Nos vamos esta misma tarde. Jonathan nos acompañará.

Julia.—¡Dejar sola a la señorita...!

Casandra.—Si no quieres dejarla sola, quédate tú. *(Pausa.)*

Julia.—Desde que sé que no hay quien nos sirva el desayuno, siento un hambre voraz.

Casandra.—¡Yo anoche no probé bocado!

Julia.—Vamos a disponer algo práctico. *(Se dirige al cesto de verduras y rebusca en él.)* ¿Quiere usted una lechuguita?

Casandra.—¡Un rábano!
Julia.—¡Ja, ja, ja! *(Riéndose fuertemente.)*

ESCENA IV

Dichos, Jenny y *Jonathan* vestido de cow-boy. *Jenny* lleva traje de montar.

Jonathan.—¡Qué buen humor!
Jenny.—Buenos días. ¡Preparando la comida! ¡Así me gusta!
Julia.—¿De dónde viene la señorita?
Jenny.—¿De dónde venimos, Jonathan?
Jonathan.—¡Del mismísimo infierno! ¡Vaya rocas, gargantas y precipicios! ¡Y, sobre todo, vaya un sol! ¡Tres horas a caballo sin encontrar dónde guarecernos! A esto le llamarán Sierra Nevada, pero es la sierra del chicharrón. Además... lo que molesta ir vestido así!
Casandra.—¡Está usted elegantísimo! Se parece a William Hart en "El bandido generoso".
Jonathan.—Yo quisiera un refresco.
Julia.—El pozo está ahí fuera.
Jonathan.—¡Bromitas!
Casandra.—¡Para bromas estamos!
Jenny.—¿Qué ocurre?
Casandra.—¡Lo peor que nos podía ocurrir! Su prometido despidió a puñetazos a todos los empleados de la granja, y no tenemos quien nos sirva.
Jenny.—¡A puñetazos! ¡Y no estar yo aquí!
Julia.—Solo ha quedado Esther que no sabe cocinar. ¡Calcule la señorita qué días se nos preparan!
Jenny.—Jonathan, ve a Keysville y ponle un telegrama a papá; que nos mande la gente que haga falta.
Jonathan.—¡Otra excursión a caballo! ¡No puedo más señorita! ¡De aquí a Keysville ocho horas!

Casandra.—Lo mejor será marcharnos, créame usted.

Jenny.—¡Qué dices! ¡Con lo bien que se está aquí! ¡Este panorama me deleita! ¡La quietud serena de los montes, los rumores misteriosos del crepúsculo...! Anoche ,cuando todos descansábais, me asomé a la ventana para admirar la obra del Creador. En el fondo del lago cantaba la oropéndola; más acá croaban acompasadamente las ranas, y allá, en la lejanía, rugía furioso el jaguar. *(Se miran unos a otros.)*

Casandra.—¿Hay fieras?

Jonathan.—¿Qué no habrá en esta sierra privilegiada?

Jenny.—Las cazaremos.

Jonathan.—También la noticia que nos dió un vaquero es tranquilizadora.

Jenny.—¡Ah, sí! Del otro lado de la montaña, a pocas millas al Sud, hay una reserva de indios, no sé si apaches o navajos. ¡Son bravísimos! ¡Calculad que una noche se les ocurra venir a arrancarnos la cabellera!

Todos.—¡Eh!

Jenny.—No temas por tu peluca, Casandra.

Casandra.—¡Yo, peluca! No lo crea usted, Jonathan.

Jenny.—¡Que vengan! ¡No hemos de arredrarnos! ¡Nos defendermos como héroes! ¡Por aquí! ¡Por allá! Vosotros cargando rifles; yo disparando sin cesar. ¡Ya arde el techo de la casa! ¡Ya las flechas envenenadas penetran a través de los desunidos troncos! Sólo nos queda una bala, la única, cuando de pronto... *(Suena un tiro.)*

Todos.—¡Ay!

Casandra.—¡Los indios!

Julia.—¡Una fiera!

Jenny.—¡No se ve nada! *(Asomándose a la ventana.)*

Julia.—¡Ei tiro ha sonado cerca! *(Aparece Esther, que viene presurosa a poner el mantel.)*

ESCENA V

Dichos y Esther.

Jenny.—¿Qué es eso, Esther?

Esther.—El amo que vuelve. Me avisa para que ponga la mesa.

Jonathan.—¡Es el timbre silvestre!

Jenny.—¡Muy original! Id a prepararos vosotras. ¿Qué menú has elegido? *(A Esther.)*

Esther.—¿Qué menú?

Casandra.—Quiere decir qué comida.

Esther.—Pues... He puesto a hervir unas coles... He preparado unas magras...

Jenny.—¿Y nada más?

Esther.—Nada más. No hay otra cosa en la granja.

Julia.—¡Un banquete!

Casandra.—¡Nos vamos a indigestar!

Jenny.—¡Tened paciencia unas horas! Papá mandará criados...

Casandra.—Que llegarán aquí el año que viene, y entretanto... Usted nos prometió...

Jenny.—Una vida regalada; unos días de expansión en plena naturaleza. Los tendréis.

(Se oye dentro la voz de Harry que saldrá vestido de cow-boy con cinturones y revolveras. Es un hombre distinto del que vimos en el acto anterior, pues finge ademanes vulgares y groseros.)

ESCENA VI

Dichos y Harry

Harry.—*(Dentro.)* ¡Por Cristo! ¡He de hacer un escarmiento!

Esther.—¡El amo! *(Vase a la cocina.)*

Julia.—¡La fiera!

Harry.—¿Quién dejó sueltos los caballos? *(Entrando.)*

Jenny.—Jonathan.

Harry.—¿Fuiste tú?

Jonathan.—¡Yo!...

Harry.—Pues a encerrarlos.

Jonathan.—¿Qué dice usted?

Harry.—A encerrarlos. *(Sacando un revólver y disparando dos tiros a los pies de Jonathan.)*

Cas. y Jul.—¡Ay¡ *(Muy asustadas corren a refugiarse en sus cuartos. Jonathan huye por el fondo.)*

ESCENA VII

Harry y Jenny

Harry.—Jenny querida. Te supongo enterada de lo ocurrido. Nos hemos quedado solos. ¡Ingratos! Todos nos dejaron y no es lo peor esto! lo peor es que nadie quiere venir a servirnos.

Jenny.—No importa. La gente que vi ayer no me gustaba. Ha llegado el momento de demostrar mis aptitudes. ¿Me dejas que administre la casa?

Harry.—No deseo otra cosa. Es el medio de apreciarte en lo que vales. Manda, dispón.

Jenny.—¿Qué alegría me das? ¿Querrás comer?

Harry.—Si está pronta la comida...

Jenny.—Voy a servirte. *(Vase rápidamente a la cocina, y vuelve en seguida con un montón de platos.)*

Harry.—¡Me vas gustando, Jenny! ¡Eres una mujercita encantadora! ¡Te encuentro más interesante aquí que en tu espléndida casa de San Francisco!

Jenny.—¿De veras, Harry? *(Con la emoción que le produce lo que Harry dice, deja caer unos cuantos platos, que se rompen.)* ¡Ay!

Harry.—¡Qué hiciste!

Jenny.—La falta de costumbre. ¡No me vayas a reñir! Yo mandaré traer una vajilla entera. *(Pone los platos en la mesa.)*

Harry.—¡Empiezas bien, muy bien!

Jenny.—¡Mejor de lo que creía! Fíjate en la diferencia: en casa lo rompo todo por capricho; aquí ha sido sin querer.

Harry.—Debista llamar a la muchacha.

Jenny.—¡De ningún modo! Quiero servirte yo. Ya le he dicho que no se ocupe de nada; que lo deje a mi cuidado. *(Del aparador coge un enorme montón de cuchillos, tenedores, cucharas y copas, que pone en la mesa.)* Las servilletas. Las copas. Los cuchillos... tenedores...

Harry.—¿Cuántos somos a la mesa?

Jenny.—Los dos. Pero como no hay criado que los cambie...

Harry.—La muchacha.

Jenny.—No. Tengo que servirte sola. No me quites este placer. ¡Tú verás cómo me porto! *(Va a la cocina y vuelve en seguida con dos grandes potes en que se lee "pimienta" y "sal".)* La comida no es selecta. La hizo ella. Mañana será otra cosa.

Harry.—¿Qué traes?

Jenny.—Las especies. ¡Lo único que pude hallar! *(Vuelve a la cocina y grita desde dentro.)* ¡Harry!

Harry.—¿Qué quieres?

Jenny.—¿Con qué sirvo la verdura? No hay fuente donde ponerla.

Harry.—La muchacha...

Jenny.—No. *(Aparece con un gran puchero humeante.)* Ahí va. ¡Quema! ¡Quema! ¡Quema! *(Harry se levanta y le toma el puchero, que pone encima la mesa. Jenny queda soplándose los dedos.)* ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

Harry.—¡Pobrecita!

Jenny.—¡Me he abrasado!

Harry.—¡Pobrecita! ¿Dónde? *(Cogiéndole la mano y besándosela.)*

Jenny.—¡Ay! ¡Harry, soy dichosa! ¡Todo esto es tan nuevo para mí! ¿Cambiar de vida, tiene grandes atractivos? ¡Yo he deseado ser pobre algunas veces; ahora lo deseo como nunca!

Harry.—¡Cabecita irreflexiva! ¡Se puede ser pobre por capricho; nunca por necesidad. Imagina que de pronto llegaras a pasar hambre...

Jenny.—¿Pasar hambre? No es posible.

Harry.—En la despensa no hay nada. La ciudad a veinte kilómetros... *(Olfateando la atmósfera.)* La carne que está en el fuego... ¿No hueles? Hecha un carbón.

Jenny.—¡Eh! *(Jenny corre presurosa a la cocina y vuelve desalentada.)* Cierto. ¡Me he distraído! ¡No te enfades! ¡Soy muy torpe! Mañana no ocurrirá.

Harry.—¡Mañana!

Jenny.—Yo no desisto de mi empeño, Harry. Yo quiero ser tu esposa. Quiero que la popularidad que a estas horas he adquirido en San Francisco, se trueque en admiración. ¡Allí va el gran artista con su adorada Jenny! Y yo repartiendo sonrisas y saludos...

Harry.—¡Seguiremos la experiencia!, ¡qué remedio! Ven conmigo. Buscaremos en la despensa. A ver si hallamos algo que comer.

Jenny.—Del brazo. *(Cogiéndose de su brazo.)* ¡El gran artista con su esposa! Y yo, sonrisas... saludos... Así. Así *(Saludando sonriente a derecha e izquierda, desaparecen por la cocina.)*

ESCENO VIII

Casandra y Julia

Casandra.—*(Asomando la cabeza.)* ¡Julia! ¡Julia! Ven. *(Aparece Julia por segunda derechas. Señalándole los platos rotos.)* ¿Qué habrá ocurrido aquí?

Julia.—Una catástrofe.

Casandra.—¿Oíste algo?

Julia.—No, pero las señas son mortales.

Casandra.—¡Con el genio de la señorita...!

Julia.—Y el de ese hombre. No le conoce usted.

ESCENA IX

Dichos y Jonathan por el fondo

Jonathan.—Señorita. señorita...

Julia.—¿Qué ocurre?

Jonathan.—¡Mister Sheldon!

Casandra.—¿Qué dice usted?

Jonathan.—Viene.

Julia.—¿Es de veras?

Casandra.—¡Gracias a Dios!

Julia.—¡Hurrah! *(Julia corre a la puerta.)*

Jonathan.—¡Le he visto! ¡Es él! ¡Su secretario le acompaña!

Casandra.—No puede llegar más oportunamente.

Julia.—¡Aquí está! *(Aparece Mister Sheldon seguido de Tommy.)*

ESCENA X

Dichos, Sheldon y Tommy

Jonathan.—¡Viva Mister Sheldon!

Julia.—¡Viva!

Sheldon.—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Casandra.—¡Señor!

Sheldon.—Vengo a buscar a mi hija. ¿Qué es de ella? ¡No la veo! Traedla inmediatamente. *(Vanse, Casandra a la cocina; Jonathan y Tommy por el fondo.)* ¡Julita, Julita! ¡Si supieras...! La vida es para mí imposible sin esa hija tan loca. ¡Mas no es esto lo más grave! Lo más grave es que tampoco puedo vivir sin otra... personilla, también para mí muy grata.

Julia.—¡Mister Sheldon! *(Zalamera.)*

Sheldon.—¡Cuán cierto es que uno se acostumbra pronto a todo lo que le rodea! Amigos... servidores... Les toma afecto.

Julia.—¿Y entre esos servidores estoy yo acaso?

Sheldon.—En lugar preferente.

Julia.—¡Mister Sheldon! *(Acercándose a él,)*

Sheldon.—¡Julita! Si no me preocuparan en este momento graves cosas, te diría...

Julia.—Hábleme usted sin miedo.

Sheldon.—Te diría... Pero... no... ¡Demonio! Lo que me ocurre es seriecillo y no puedo pensar en expansiones sin resolver antes ese problema complicado que hace dos días me roba la tranquilidad. ¡Jenny! ¡Hija adorada! ¡Tormento de tu padre! ¿Dónde estás? Dame alguna prueba de tu presencia. *(En este momento suena un ruido terrible de cacharros que se rompen.)* ¡Ah! Allí. *(Señalando la cocina, aparecen Jenny, Casandra y Jonathan. Más tarde, Harry.)*

ESCENA XI

Dichos, Jenny· Casandra y Jonathan, en seguida *Harry.*

Jenny.—¡Papá!
Sheldon.—¡Hija querida!
Jenny.—¿A qué has venido?
Sheldon.—A buscarte. Me haces mucha falta en casa. Hay en ella demasiada tranquilidad.
Jonathan.—Permítame el señor... *(Desembarazándole de los objetos que lleva en bandolera.)*
Sheldon.—No, Jonathan, no lo permito. No entra en sus obligaciones.
Jonathan.—No importa.
Sheldon.—¡Cómo que no importa! ¡Ah! ¡Vamos! *(Viendo que Jonathan destapa el frasco que traía Mister Sheldon y bebe.)*
Jenny.—¿Vienes cansado?
Sheldon.—Cansado y con un hambre de dos mil demonios.
Jenny.—Pues no hay nada que comer. ¿Oíste hace poco un ruido de cacharros. ¿Era yo que revolvía la despensa.
Sheldon.—Lo supuse. *(Viendo a Harry Dickson.)* ¡Hombre! ¡Usted aquí, Míster Dickson! ¡Cuánto me alegro de verle! ¡Traigo noticias sensacionales!
Harry.—¿Sensacionales?
Jenny.—Dime papá: ¿Se habla de mí en San Francisco? Los periódicos vendrán llenos de comentarios. ¿Se ha hecho pública mi boda?
Sheldon.—Se ha hecho pública otra que ha de sorprenderte en extremo. *(Mirando con intención a Harry.*
Jenny.—¡Qué desencanto! A tu regreso, cueste lo que cueste, procura que la prensa se ocupe de nos-

otros. Es preciso que conozca todo el mundo que vivo en plena montaña al lado de Harry Dickson, rodeada de peligros: fieras, indios...

Sheldon.—¡Estás loca! Los guías que nos trajeron aseguran que esta es la región más pacífica de California.

Jenny.—¿Pacífica? Habla tú, Jonathan.

Jonathan.—Señor, esta es tierra de calamidades.

Harry.—No extrañaría que a lo mejor nos viésemos atacados y tuviéramos que defendernos a tiro limpio.

Sheldon.—¿Atacados por quién?

Harry.—Por los bandidos que infectan esta región. Si averiguan que está aquí el millonario William Sheldon, no tardarán en presentarse a secuestrarlo.

Sheldon.—¡Secuestrarme!

Harry.—Para exigir un rescate o hacerse una revolvera con su piel. ¿Su hija pedía emociones? Aquí las hallará centuplicadas. Incluso los elementos han de complacerla. En esta época del año se desencadenan violentos ciclones que arrancan los árboles de cuajo, alzan en vilo una roca, o se llevan la granja por los aires, como quien lleva un plumón. Todas las emociones a su servicio. *(Todo el mundo calla.)* ¿Nada dices? *(Dirigiéndose a Jenny.)* Me lo explico. Sabes que con los elementos no se juega. Con los hombres se puede jugar.

Sheldon.—¡Revolvera, rescate, ciclones, tiros, puñaladas! ¡No, eso no! ¡Todo el mundo a San Francisco!

Jenny.—¡Todo el mundo!

Julia.—¡Qué alegría!

Jenny.—¿También yo, papá?

Sheldon.—También. A prepararse.

Casandra.—¿Quién engancha el carricoche?

Julia.—Jonathan.

Jonathan.—¿Me habéis tomado por un palafrenero?

Harry.—Vamos. *(Sacando el revólver.)*

Jonathan.—Sí. Voy, voy. *(Vase por el fondo. Julia y Casandra por la derecha.)*

ESCENA XII

Harry, Sheldon y *Jenny*

Sheldon.—¡Esperaba con ansia este momento! ¿Cuándo terminará la farsa?

Harry.—¿Qué farsa?

Sheldon.—La de la boda. Supongo, Mister Dickson, que no seguirá usted abusando de la credulidad de una señorita caprichosa e irreflexiva. No hay padre, por débil que sea, que pueda permitir que su hija siga soñando en casarse con un hombre que no se puede casar. Declaro nulo el compromiso.

Harry.—¿Por qué?

Sheldon.—¡Caramba! ¿Me va usted a obligar a que diga delante de Jenny lo que no quisiera decir en esta ocasión?

Harry.—Hable usted.

Sheldon.—No, ante ella, no. Lo sabrá en San Francisco.

Jenny.—Sea lo que fuere, no me importa. Quise amar amar a un héroe, y lo encontré. Yo no me aparto de su lado.

Sheldon.—¡Dicen que el aire de la montaña aplaca los nervios; a mi hija se los altera más aún. ¿Me dejas cambiar dos palabras con tu héroe?

Jenny.—Salgo a inspeccionar los preparativos de marcha. Debes darte prisa si quieres llegar a poblado antes de anochecer. *(Vase Jenny por el fondo. Mister Sheldon, al convencerse de que su hija ha desaparecido, se dirige resueltamente a Harry, y mirándole fijamente le in-*

crepa con dureza. Harry Dickson le escucha muy calmoso y con la sonrisa en los labios, como si para él no tuviera importancia alguna lo que está oyendo.)

ESCENA XIII

Sheldon y *Harry*

Sheldon.—Traigo noticias de Elena Sidney.

Harry.—¿De Elena Sidney?

Sheldon.—Sí. ¡Noticias de su esposa!

Harry.—¿Luego usted sabe...?

Sheldon.—¿Que está usted casado? Lo sabe ya todo el mundo. He visto el acta de matrimonio, he hablado con el pastor, he hablado con los testigos. Se casó usted hace un mes con esa artista de la Goldwin, en Pasadena, casi en secreto, por no perder su popularidad. ¿Qué responde usted?

Harry.—Que es cierto.

Sheldon.—¿Y en plena luna de miel se permite enamorar...? ¡Es usted un sinvergüenza!

Harry.—Soy un comerciante únicamente.

Sheldon.—¡Un salteador!

Harry.—Si a usted le propusieran dos negocios; uno de cincuenta mil dollars, por ejemplo, y otro de veinte mil... ¿cuál escogería usted?

Sheldon.—Los dos.

Harry.—Yo no soy tan egoísta. Obto por el mejor, que en este caso es la boda con la heredera de los Sheldon. En nombre de usted, su secretario trató de ofrecerme una cantidad para que renunciara a ella, pero supuse que aunque fuese muy crecida, más crecida era la dote que Miss Jenny iba a aportar.

Sheldon,—¡Ah, bandido!

Harry.—Mi carrera, ya en su ocaso, ¿qué me puede producir? Disgustos, contrariedades y un sueldo cada día menor. La elección no es dudosa.

Sheldon.—Usted no puede casarse.

Harry.—Puedo, al divorciarme de mi mujer. ¿Comprende ahora por qué pedí un plazo de tres meses?

Sheldon.—¡No, no y no! Su matrimonio es caso de fuerza mayor que anula el compromiso.

Harry.—Lo anularía si al espirar el plazo yo continuara casado; mas como ya estaré libre... Con mi esposa fijamos ya hace días la indemnización.

Sheldon.—¡Con qué descaro lo dice! ¡Pero, quiá! Usted no se lleva nada: se lo aseguro. Denunciaré el contrato. Lo anularé.

Harry.—Dirán los jueces que puesto que lo ha firmado...

Sheldon.—Pleitearemos.

Harry.—¿Busca usted una lucha peligrosa?

Sheldon.—¡No sabe con quién trata!

Harry.—¡Habrá desplumado a tantos infelices con su sagacidad...!

Sheldon.—Bastantes.

Harry.—Más de los que yo imagino. Pero esta vez tropieza usted con alguien que no se asusta.

Sheldon.—¡Ah! ¿No?

Harry.—No.

ESCENA XIV

Dichos y Jenny

Sheldon.—*(Viendo a su hija en el fondo.)* Apelaré a mi recurso supremo. El decisivo. *(Llamándola.)* Hija mía; óyeme. Hay un obstáculo que impide que tu boda sea un hecho. Ese hombre es un farsante. Está casado.

Jenny.—¿Casado?
Sheldon.—Y bien casado. (¡Ahora es ella! Va a romper todo lo que encuentre!)
Jenny.—No hay obstáculo, papá.
Sheldon.—¡Cómo que no!
Jenny.—Existiendo el divorcio... Yo compro el suyo. Que digo en cuánto lo tasa.
Sheldon.—Pero hija mía...
Jenny.—No repares en el precio, Harry. Si no alcanza mi fortuna, alcanzará la de mi padre. ¿Me quieres?
Harry.—Con toda el alma.
Jenny.—¡Pues toda tuya! *(Abrazándole.)*
Sheldon.—¡Yo pierdo el juicio!
Jenny.—Sería la primera vez que no satisfaciera un deseo. Ya te dije que era el último. No te debes oponer.
Sheldon.—¿Que no? Vendré con la policía... Te arrancaré de sus brazos a la fuerza. Este hombre es un canalla. ¡Fíjate como se ríe! Es un atracador.

(Harry sonríe cruzado de brazos).

Jenny.—¡Me casaré con Harry, o con nadie, papá! Escogiste mal momento para hacerme desistir. ¡Míralo! Así lo vi por primera vez en una película. ¡En igual postura estaba! ¡Qué guapo! ¡Míralo!
Sheldon.—¡Socorro! ¡Se me va la cabeza! ¡Esto es un manicomio! Mi hija loca! ¡Yo loco! ¡Todos locos! Huyamos.

ESCENA XV

Dichos, Julia, Casandra, Esther y Jonathan Que salen presurosos dispuestos para el viaje.

Casandra.—¡Qué ocurre!
Julia.—¡Qué sucede!

Esther.—¡Dios santo!

Jonathan.—¡Míster Sheldon!

Sheldon.—¡Sacadme pronto de aquí! Llevadme a San Francisco. ¡Me va a dar un ataque!

Casandra.—¡Señor!

Sheldon.—Vámonos pronto. Nos veremos. *(A Harry.)*

Jenny.—Adiós papá.

Sheldon.—No salgas a despedirme. Te lo prohibo.

Jenny.—¡Adiós papá! *(Vanse todos por el fondo. Se les ve pasar por delante de la ventana. Jenny se asoma a ella.)* ¡Adiós! ¡Ni siquiera se dan vuelta para mirarme! ¡Ingratos! *(Esther ha salido a levantar la mesa. Jenny se acerca a ayudarla.)* No, tú sola no. Yo te ayudaré. *(Vanse las dos a la cocina llevándose cuanto había en la mesa.) Pausa. Por la ventana se ve pasar a Tommy, que aparece en la puerta del fondo. Lleva una pequeña fiambrera de viaje. Se sienta, la abre y se dispone a comer.)*

ESCENA XVI

Tommy y Jenny, por la cocina con una escoba. Al ver a Tommy procura ocultarla.

Jenny.—¡Eh! ¡Cómo! ¡Usted aquí!

Tommy.—¿Le molesta, señorita?

Jenny.—¿No se marcha con papá?

Tommy.—¿Quién iba a servirla entonces de criado?

Jenny.—Yo no he solicitado sus servicios.

Tommy.—Puede usted necesitarme. ¿Usted gusta? *(Comiendo.)*

Jenny.—Gracias.

Tommy.—¿Ha comido usted ya?

Jenny.—He comido.

Tommy.—¿Mucho?

Jenny.—¡Y muy sabroso!

Tommy.—¡Pero nada como esto! ¡Hoy lo encuentro mejor que nunca! ¿Será verdad que el aire de la sierra abre el apetito?

Jenny.—¿Qué es?

Tommy.—Galantina de pavo.

Jenny.—¡Galantina!

Tommy.—¿Quiere usted probarla? En la ciudad no me atrevería a ofrecérsela. Tome usted. *(Ofreciéndosela.)*

Jenny.—He dicho que gracias. *(Rehusando.)*

Tommy.—Ya supe por Jonathan que está usted muy hacendosa.

Jenny.—¡Yo!

Tommy.—Barra usted. No me molesta. Harry Dickson vale un mundo. ¡Cambiarla a usted no es tan fácil y él se halla en camino de conseguirlo!

Jenny.—Harry se desvive por agradarme. *(Barriendo la escena.)*

Tommy.—¡Lástima que esté casado!

Jenny.—¡Se divorcia!

Tommy.—¡Ah! ¡Se divorcia! *(Abre una lata de foi-gras y se sirve.)* ¡El mejor foi-gras que he comido en mi vida!

Jenny.—¡Foi-gras!

Tommy.—No son manjares sanos como los del campo, pero a mí me gustan.

Jenny.—Y a mí.

Tommy.—Sírvase. Aunque la hayan dado un banquete...

Jenny.—Un banquete precisamente...

Tommy.—Bueno; una comida opípara.

Jenny.—No, si no he comido...

Tommy.—¿No ha comido?

Jenny.—No he comido... apenas. No me ha gustado el menú .

Tommy.—Le serviré, pues, un poquito.

Jenny.—No.

Tommy.—El orgullo nos perjudica siempre. Lo digo por

mí que soy bastante orgulloso. ¿Voy a buscar un plato?

Jenny.—¡Que no he dicho!

Tommy.—Bien, bien. *(Pausa. Jenny sigue barriendo. De pronto Tommy deja caer un cuchillito y se agacha a cogerlo. Jenny aprovecha la ocasión para comer una rabanada de galantina. Tommy se levanta coge el tenedor que también le cae, y se vuelve a agachar.)* ¡Demonio! ¡Todo se cae! *(Jenny se aprovecha nuevamente y come otra. Tommy lo advierte.)* ¿No cree usted, señorita que es mejor que me dé vuelta de espaldas y podrá usted tranquilamente comérselo todo de una vez? Vamos; tome el cuchillito y el pan y coma de ese foi-gras que a mí me parece gloria.

Jenny.—Gracias. *(Sentándose decidida a comer, durante el diálogo Tommy acerca su silla a la de Jenny que va apartándola hasta dar la vuelta a la mesa.)*

Tommy.—¡Así me gusta! Valiente. ¡Qué vea Harry Dickson que es usted digna de él!

Jenny.¿—No trata de persuadirme, como papá, de que renuncie a la boda?

Tommy.—¡Al contrario! Harry Dickson es el hombre que a usted le conviene. El marido ideal que ha de hacerla a usted feliz. Un verdadero héroe que vive en una granja rodeado de mil peligros... Indios, fieras...

Jenny.—Huracanes...

Tommy.—¡También huracanes! Sírvase usted. *(Acercando la silla.)*

Jenny.—¡Lo que me admira en su tranquilidad! ¿No le arredra el temor de un próximo ataque?

Tommy.—¿Por qué, señorita? ¡Yo también soy un héroe de igual categoría! ¡Cuesta tan poco serlo, cuando se cuenta con la credulidad de una mujer! ¡Buen peje está Harry Dickson! Cuan-

do se presentó en su casa sabía perfectamente con quien iba a tratar. Es usted más conocida en San Francisco que el terremoto de 1906. Al principio por un rasgo de hombría de bien parece negarse a secundar la farsa; pero habla con usted, descubre en míster Sheldon una gran falta de energía, se da cuenta al instante del partido que de ello ha de sacar y aparece el hombre calculador. ¿Cuánto puede durarle a miss Jenny el caprichito? ¿Dos meses? Pues a exigir tres que antes de expirar el plazo ella se habrá arrepentido y él podrá cobrar la indemnización.

Jenny.—¡Muy ingenioso!

Tommy.—Nada tan célebre como aquella comida de esponsales celebrada hace seis días. Me hubiera reído muy de veras a tener ganas de reír. Al llegar a los postres firmóse el compromiso, compromiso que Harry Dickson se apresuró a enseñar a su mujer que le aguardaba impaciente, una linda artista de la Goldwin, por la que siente verdadero amor. No sé si sabrá usted que ese hombre que ha matado tantas en la pantalla está enamorado como un colegial.

Jenny.—¡Qué cosas va usted inventando!

Tommy.—¿No comprende usted todavía?

Jenny.—No.

Tommy.—La esposa, astuta y desconfiada que además sabe muy bien que jugar a matrimonio es peligroso, sobre todo tratándose de usted que no ha de reparar en medios para llegar al fin que que se propone, hace ver al marido la posibilidad de que ese capricho dure más que los otros y aunque según el contrato él puede renunciar, se disponen a defender ese dinero que con tan poco esfuerzo van a conseguir. El procedimiento es muy sencillo: traerla a esta montaña, alejar a sus criados, burlarse conti-

Harry

nuamente de usted fingiendo peligros que no existen, rodearla de incomodidades y conseguir de este modo, que en un arrebato de los suyos, lo eche usted todo a rodar.

Jenny.—¿Quién le ha contado tal novela?

Tommy.—Si supiera lo que en veinticuatro horas he hecho por Vd. Yo he logrado que los periódicos no dieran la noticia. Yo he convencido a todo el mundo de que cuanto se decía era una farsa. ¿Casarse miss Jenny Sheldon con Harry Dickson? Jamás. Termine, pues, el sainete y vámonos a San Francisco.

Jenny.—No, nunca. ¡Mató usted mis ilusiones! Me roba esa aureola de popularidad que tanto me halagaba. Váyase, se lo suplico; se lo mando. ¡No me envidian mis amigas porque nada saben, nada! y ello por culpa de usted! ¡Váyase, malvado, necio!

Tommy.—Cálmese usted, señorita.

Jenny.—¡Calmarme! ¡Imbécil! Ahí va el premio de su hazaña! *(Le da con el látigo en la cara. Harry entra por el fondo.)*

ESCENA XVII

Harry, Jenny y Tommy

Harry.—¿Qué pasa aquí?

Jenny.—Líbrame de este importuno, Harry.

Harry.—¿Qué quiere?

Jenny.—Que vuelva a San Francisco.

Tommy.—Y volverá aunque sea a la fuerza.

Harry.—¿Quién se atreve a hablar de fuerza?

Tommy.—Yo.

Harry.—¿En mis dominios?

Tommy.—Vengo a quitarle la máscara. ¡Histrión!

Harry.—¡Cómo!

Tommy.—¡Farsante!

Jenny.—¡Te insulta! ¡Castígale como merece! ¡Dale un puñetazo de los que tú sabes dar!

Harry.—¿Qué se propone? Pronto.

Tommy.—¿No lo oyó usted? Desenmascararle.

Harry.—¿A mí?

Tommy.—¡A usted, salteador!

Jenny.—¿No le castigas? Contéstale.

Harry.—Esta es mi contestación. *(Sacando el revólver de una de sus pistoleras. Jenny cree que va a disparar.)*

Jenny.—¡No le mates!

Harry.—¡Le desprecio! *(Tirando el revólver sobre la mesa.)*

Tommy.—¡He descubierto sus mañas! ¿Va usted a negar que acumula toda clase de obstáculos para que esta señorita renuncie al descabellado enlace que una parodia de heroísmo, visto en la pantalla hizo brotar en su imaginación?

Jenny.—¡Llama parodia a tu trabajo!

Harry.—¡Es un crítico exigente!

Jenny.—¡Castígale!

Harry.—¡Con los críticos de arte no se puede uno meter! Acabemos. ¿Qué trata de conseguir con sus intemperancias?

Tommy.—Que no se lleve usted el dinero de una indemnización que con muy malas artes pretende usted sacar.

Harry.—Pienso llevarme más todavía: la fortuna de mis Jenny que es cuantiosa.

Jenny.—Sí, Harry, sí.

Tommy.—Lo veremos.

Harry.—Vaya si lo veremos

Tommy.—¡Juro que no! *(Cogiendo el revólver que quedó sobre la mesa.)*

Jenny.—¡Cuidado! *(Avisándole.)*

Harry.—¡Qué va usted a hacer, imprudente!

Tommy.—Demostrarle que no le temo. Ahora sabremos quien es aquí el llamado a imponer leyes. Ahora verá su prometida que no soy poquita cosa.

ESCENA XVIII

Dichos y Esther, por la cocina

Esther.—¡Dios, santo! *(Asustada.)*

Tommy.—Harry Dickson, le propongo un desafío. Saldremos los dos al campo, cada uno con su pistola, daremos vuelta a la granja yendo en sentido contrario y el que primero vea a su rival...

Harry.—¡Está usted loco!

Tommy.—¡Pronto o disparo aquí mismo!

Esther y Jenny.—¡No!

Harry.—Reflexione usted...

Tommy.—No reflexiono.

Harry.—Entonces... usted por ese lado. Yo por allí.

Tommy.—Me es igual. *(Tommy y Harry se van cada uno por distinto término.)*

ESCENA XIX

Esther y Jenny

Esther.—¿Es una broma?

Jenny.—¡Broma! ¡Acto de heroísmo dirás mejor! ¡Dos hombres que se baten por mí! ¡Un duelo! ¡Un duelo por mi causa! Cuando se sepa en San Francisco... *(Suena un tiro.)*

Esther.—¡Ay!

Jenny.—¡Un tiro! Ahora el otro. *(Suena otro tiro.)* ¡Se mataron los dos! ¡Esto no se ha visto

nunca! ¡Qué éxito al llegar a San Francisco! ¡Cómo me envidiarán!

Esther.—Puede que no haya muerto más que uno.

Jenny.—En ese caso el vivo es Harry.—Ha matado a ese insensato. ¡Lleva su merecido!

Esther.—¡Compadézcale! Dió su vida por usted.

Jenny.—¡Por mí! ¡Es verdad! ¡Murió por mí!

Esther.—Ese joven la quería.

Jenny.—¡Me quería el majadero!

ESCENA ULTIMA

Dichos y *Tommy,* revolver en mano

Tommy.—¡Jenny!

Jenny y *Esther.*—¡El!

Jenny.—¿Y Harry?

Tommy.—Quedó en el campo. Le vi antes que me viera, disparé...

Esther.—¡Harry! *(Se va corriendo por el fondo.)*

Jennq.—¡Murió el héroe!

Tommy.—¡A mis pies! Era un héroe de película. Ahora, huyamos.

Jenny.—¡Huir!

Tommy.—¡Los indios vienen a atacar la granja! ¡Son muchos miles! ¿No oyes sus gritos de guerra?

Jenny.—Sí. Los oigo.

Tommy.—¡Atravesaré sus filas sembrando la muerte! ¡Soy el héroe que soñaste! ¡Sígueme!

Jenny.—No. Yo me quedo.

Tommy.—¡Vendrás conmigo a la fuerza! *(Cogiéndola y llevándosela en brazos.)*

Jenny.—¡Un rapto! ¡Mi ilusión! *(Desaparecen por el fondo.)*

TELON

ACTO III

La misma decoración del primero

ESCENA PRIMERA

Tommy y Jenny

Al levantarse el telón Tommy está sentado cerca de la mesa, mirando una revista. Jenny entra cautelosamente, se acerca, se arrodilla sobre el diván y colocando los brazos sobre las espaldas de Tommy, lee.

Jenny.—"La Lighthouse ha contratado para sus nuevas producciones en substitución de Harry Dickson..." ¡No dice que haya muerto!

Tommy.—Siga usted.

Jenny.—"En substitución de Harry Dickson, al célebre artista Thony Wood, que entra a formar parte de la brillante constelación de la casa. A su destreza en los deportes, une una juventud y un físico tan agradable, que despertará el entusiasmo de cuantas señoritas se interesan por las estrellas de cine." ¿Este es su retrato?

Tommy.—Sí.

Jenny.—¡Guapo y distinguido, efectivamente! ¡Me gusta más que Harry! Ahora comprendo que no hubiera sido muy feliz con él. ¿Dónde vive Thony Wood?

Tommy.—Termine. *(Jenny sigue leyendo.)*

Jenny.—"Es preciso advertir, sin embargo, a nuestras simpáticas lectoras que Thony Wood está ca-

sado con una hermosa dama de Los Angeles." ¡Casado!

Tommy.—¡Y eso qué implica! Puede usted intentar su compra. El artista es como un juguete: va siempre a parar a manos del que lo paga más. Si el talento es cotizable, quizás lo sea también el corazón. Le propondré el divorcio.

Jenny.—¡Usted!

Tommy.—Yo, en su nombre, señorita. Tal vez de esta manera consiga reparar el daño que hice.

Jenny.—Sí, véalo usted.

Tommy.—¿Cuánto puedo ofrecerle?

Jenny.—Lo que pida.

Tommy.—¿Y si no alcanza su fortuna?

Jenny.—¡Tan exigente va a ser!

Tommy.—No todo se obtiene con el oro. Se lo dije a usted en otra ocasión.

Jenny.—¡Pues me he lucido! ¿De modo que si me rechaza no tengo con quién casarme?

Tommy.—¡Tantos jóvenes como la rodean...!

Jenny.—No me gustan.

Tommy.—¿Quiere que le resucite a Harry Dickson?

Jenny.—No. Le detesto profundamente, tanto o más que a usted.

Tommy.—Ya será por poco tiempo. El mes próximo salgo para Nueva York.

Jenny.—¿Viaje de negocios?

Tommy.—Voy por mi cuenta: me caso.

Jenny.—¿Se casa usted?

Tommy.—¿Es también un delito?

Jenny.—¡Y me deja usted soltera?

Tommy.—¿Tengo yo la culpa?

Jenny.—¿Quién mató a mi Harry, al hombre que había nacido para mí? ¿Cómo se llama su novia?

Tommy.—Jenny.

Jenny.—¡Igual que yo! ¡Me disgusta! No debería haber más que una Jenny en Norteamérica.

Tommy.—Usted.

Jenny.—¿Es rica?

Tommy.—Hija única de un comerciante millonario.

Jenny.—¿Y el papá le ve con buenos ojos?

Tommy.—Cuando un padre quiere de veras, se amolda a los deseos de su hija con facilidad.

Jenny.—¿Entonces papá me quiere mucho?

Tommy.—Muchísimo. Un hombre como míster Sheldon, que lucha a brazo partido con las fieras de la Economía política, que en Norteamérica son fieras de verdad, y luego se somete a los caprichos de una hija casquivana e insensible, más que quererla la adora.

Jenny.—¿De modo que soy una casquivana?

Tommy.—Tal creo.

Jenny.—¿Y una insensible?

Tommy.—También.

Jenny.—¿Y los demás víctimas de mi tiranía?

Tommy.—A la vista está.

Jenny.—Prometo corregirme.

Tommy.—No es tan fácil.

Jenny.—Lo intentaré. *(Con mucha mansedumbre.)* Míster Drake: tenga la bondad de averiguar si mi buen papaíto ha vuelto, y en caso afirmativo tenga usted la bondad de decirle que necesito verle. ¿Está bien suplicado así?

Tommy.—Bastante bien suplicado.

Jenny.—¿Le molestará si le ruego que lo averigüe en seguida?

Tommy.—Lo averiguaré.

Jenny.—¿Empiezo bien?

Tommy.—Empieza admirablemente.

Jenny.—Dijo usted que con voluntad se consigue todo.

Tommy.—Todo. ¡Pero es tan difícil mantenerla! ¿Quiere usted un buen consejo? Procure cuando se enoje no tener nunca un jarrón al alcance de la mano, y caso de tenerlo, en vez de tirarlo a la cabeza de alguien, recordar siempre aquella máxima de Tomás Jefferson que dice:

"Antes de enojarte, cuenta hasta cien." *(Vase por el fondo.)*

ESCENA II

Jenny

Jenny.—¡Hasta cien! ¡Mucho me parece! En fin... Jefferson lo recomienda. Lo tendré presente, muy presente. *(Cogiendo la revista.)* ¡Qué guapo es ese Thony Wood! ¡Casado con una hermosa dama de Los Angeles! Inútil será que le proponga... ¿Iba a divorciarse para unirse a una viuda? Porque yo me considero viuda de Harry Dickson. Es decir, no; también estaba casado Harry Dickson! Todos casados. ¡Qué rabia! ¡Y pronto se casará Tommy! No, eso jamás. No lo consiento; no es posible. *(Exaltándose.)* ¡Calma! Jefferson nos recomienda contar hasta cien. *(Pausa.)* ¿Habrá llegado papá? Quiero descargarme de ese peso de la conciencia. Obligación de toda buena hija es enterar a papá de lo que ocurre. ¿Y yo soy una buena hija? No, no lo soy.

ESECENA III

Jenny y Sheldon

Sheldon.—Aquí me tienes. ¿Qué deseas?

Jenny.—Yo tengo la culpa, papá, toda la culpa.

Sheldon.—¿De qué?

Jenny.—De lo ocurrido.

Sheldon.—No sé lo que ha ocurrido, pero de que la tienes no lo dudo. ¡Nunca curarás!

Jenny.—No quieras desencantarme en ocasión en que

me propongo ser buena y cariñosa con los que me rodean.

Sheldon.—¿A qué obedece tal cambio?

Jenny.—Míster Drake me lo recomendó; sí, papá, eficazmente. Es el único hombre que me habla con sinceridad.

Sheldon.—¡Muchas gracias!

Jenny.—Tiene razón al afirmar que soy una alocada que anda por la vida sin rumbo fijo.

Sheldon.—Te lo he dicho mil veces.

Jenny.—Tú no eres él. Sabrás que no me caso.

Sheldon.—¡Ah!, ¿no te casas?

Jenny.—También me hizo fijar en lo disparatado de ese matrimonio.

Sheldon.—Lo mismo que yo. No obstante, debió advertirte que no estás a tiempo de retroceder. Harry Dickson va a exigir una indemnización inaceptable.

Jenny.—No, papa; no la exige. ¿Prometes ser reservado? *(Con misterio.)*

Sheldon.—¿Qué pasa?

Jenny.—¿Juras no revelar a nadie lo que vas a oír?

Sheldon.—Te advierto que no me presto a nuevas combinaciones.

Jenny.—Harry Dickson ya no existe; Tommy lo mató.

Sheldon.—¡Por los clavos de Cristo que lo que me pasa a mí no tiene igual en el mundo! Cuarenta años...

Jenny.—¿Cuántos?

Sheldon.—Cincuenta años cuerdo, para encontrarme al cabo de los mismos con síntomas de enajenación mental!

Jenny.—¡No me crees!

Sheldon.—¡Cómo voy a creerte si acabo de ver al propio Harry Dickson paseando por el Golden Gate, en auto, muy satisfecho, al lado de aquella muchacha Esther, pero no la que vimos en la

sierra, sino otra Esther elegante, distinguida...

Jenny.—¡Sueñas, papá! Son fantasías de tu cerebro exaltado.

Sheldon.—Me saludaron los dos con una sonrisa irónica y significativa; una sonrisa que quería decir: prepara los millones de tu hija, que allá vamos por ellos.

Jenny.—Harry murió.

Sheldon.—¿Viste su cadáver?

Jenny.—Lo vió Tommy, es igual. Tommy no miente.

Sheldon.—Me complace en extremo la influencia que va ejerciendo en ti ese joven!

Jenny.—Es persuasivo, incapaz de falsear la verdad. Me ha comprendido mejor que tú; me ha hecho entrar en razón.

Sheldon.—¡Entonces es un héroe!

Jenny.—Sin que lo dudes. ¿Crees en el atavismo? Tommy, por ley atávica ha de serlo también. Me ha dado pruebas inconfundibles. No me importaría ser su esposa.

Sheldon.—¿Por qué cuando le conociste no me hablaste así?

Jenny.—Tampoco conseguiremos nada. Tommy tiene novia. Se va a casar.

Sheldon.—¿Con quién?

Jenny.—Con una mujer.

Sheldon.—Lo supongo. Te pregunto con quién porque hace ocho días no tenía compromiso alguno.

Jenny.—Ahora lo tiene, y para cumplirlo se marcha a Nueva York. ¡Cuánto siento que se marche! ¡Sus consejos me hacían tanto bien!

Sheldon.—Si esto se puede arreglar con dinero, yo lo sacrifico gustoso. Que pida Harry Dickson lo que quiera, y que renuncie a tu mano.

Jenny.—¿No te dije que murió?

Sheldon.—Y yo te digo que se presentará a hacer efectivo el compromiso.

Jenny.—¡Pues no me caso, no me caso y no me caso!
Sheldon.—Lo suponía. Pero el compromiso existe, y como es una reclame para ese hombre, nos obligará a cumplirlo.
Jenny.—¡No me caso! *(Indignándose.)*
Sheldon.—Eso quiero.
Jenny.—¡No!
Sheldon.—¡Sí!
Jenny.—¡No! *(Coge un objeto para tirarlo al suelo con rabia. Aparece Tommy. Jenny le ve y se detiene.)*

ESCENA V

Dichos y Tommy

Tommy.—Uno, dos ,tres, cuatro, cinco...
Jenny.—Seis, siete, ocho, nueve, diez... *(Calmándose. Tommy se acerca, le quita el objeto en peligro y lo coloca sobre un mueble.)*
Tommy.—Ha bastado con diez. ¡Jefferson era un gran hombre!
Jenny.—Tommy, sáquenos de una duda. Asegura papá haber visto a Harry Dickson. ¿Cómo es posible? Usted lo mató.
Tommy.—Moralmente.
Jenny.—¡Moralmente!
Tommy.—A sus ojos, claro está. Cuando salimos desafiados, en vez de dar la vuelta a la granja, huyó a campo traviesa; yo disparé mi revólver para amedrentarle y él siguió corriendo hasta perderse de vista.
Jenny.—¿Usted no dijo al pasar: allí está su cadáver?
Tommy.—Le señalé un montón de piedras del camino.
Jenny.—¡No era verdad, entonces!
Tommy.—Tan verdad como los ahullidos de los salvajes.

Jenny.—¡Tampoco hubo ahullidos!
Tommy.—Los hubo en su imaginación.
Jenny.—¡Me engañó! *(Decepcionada. Sheldon se ríe.)*
Tommy.—Se engañó usted misma... Yo no puedo engañarla diciéndola que es de noche, si usted ve que brilla el sol. Somos nosotros los que nos engañamos casi siempre. El ejemplo existe en esta casa donde todos viven engañados respecto a usted. La creen indomable, irreductible, y es de una ductilidad asombrosa. Ocurre, que nadie la ha sabido comprender. Perdió usted a su madre cuando más falta la hacía, y su papá, acostumbrado al trato de hombres de negocios, no supo moldear el tierno corazón de su muñeca, que no otra cosa es usted: una muñeca frágil e inconsciente, pero dulce y bondadosa con quien la prodigue el cariño y la bondad.
Jenny.—¡Papá! *(Echándose en brazos de míster Sheldon, avergonzada de sí misma. Las palabras de Tommy le han hecho comprender de pronto que nadie la toma en serio.)*
Sheldon.—¡Vamos por buen camino!

ESCENA VI

Dichos y Harry

Harry.—¡Buenas tardes!
Jenny.—¡El!
Sheldon.—(¡El aguafiestas!
Harry.—Me ha dicho el mayordomo que los encontraría aquí. ¿Bien de salud?
Sheldon.—Todos bien.
Harry.—!Cuatro días sin verte, querida Jenny¡
Sheldon.—¿Quiere usted dejarnos? *(A Tommy. Este se*

va dirigiendo a Harry una mirada provocativa.)

Jenny.—Fíjate, papá: ¡ha envejecido! *(Aparte a Sheldon.)*

Sheldon.—Yo le veo igual que siempre.

Jenny.—Igual no; está más feo.

Harry.—Extrañarás, mi dulce Jenny, que no me presentara inmediatamente de mi regreso, pero me molestó tu huída de la granja sin despedirte. Me traía además muy atareado el asunto de mi divorcio. Hoy, por fin, ha sido admitida la demanda en la Corte de Justicia y dentro de pocos días será un hecho. *(Silencio embarazoso.)*

Sheldon.—Amigo Harry... nosotros... es decir, Jenny... Sigue tú, hija mía.

Jenny.—Nosotros... yo... mejor dicho, papá... insiste en que nuestro matrimonio es irrealizable.

Harry.—¡Irrealizable!

Jenny.—El ha meditado mucho...

Sheldon.—Ella, ella ha meditado mucho...

Harry.—¿Los dos han meditado?

Jenny.—Los dos, y creemos que no puede llevarse a efecto.

Harry.—¿Por qué razón?

Jenny.—Cuando se le llamó a esta casa, estaba usted en el apogeo de su gloria. Hoy ocupa otro su lugar. Tenía usted además una aureola de héroe que el desafío con el secretario de papá vino a desvanecer. En una palabra: ha pasado usted de moda. No me interesa.

Sheldon.—No nos interesa usted.

Harry.—Por lo visto la señorita Jenny Sheldon iba a casarse con un mueble, que es el papel que yo vine representando. Un mueble que no sirve se le arrincona.

Jenny.—No le arrincono; le despido.

Harry.—Falta que yo me avenga a ello. Recordarás que existe un compromiso.

Jenny.—Lo anulo.

Harry.—Un compromiso que dice así: *(Sacando un papel.)*

Sheldon.—¡Y nos lo lee!

Harry.—"La señorita Jenny Sheldon, mayor de edad, hija única del millonario William Sheldon, se obliga, en el plazo de tres meses ,a contraer legal matrimonio con el artista cinematográfico Harry Dickson, de igual modo que éste se compromete a contraerlo con ella siempre que no lo impida fuerza mayor. No se entenderá por tal, ni la conducta del mencionado ni la voluntad de dicha señorita, que desde el momento de firmar este compromiso debe permanecer inquebrantable hasta la celebración de la boda." Siguen luego las cláusulas determinando el caso en que la indemnización debe hacerse efectiva: tu firma, la mía y las de tu papá y su secretario, que actuaron como testigos. Me parece que está bien claro. Vienes, obligada al matrimonio.

Jenny.—¡Yo he firmado eso!

Sheldon.—Y yo también, hija mía: obligado por ti.

Jenny.—Aceptaremos el pago de perjuicios que usted señale.

Harry.—Ni por todos los millones del mundo renunciaba ahora a tu mano.

Sheldon.—¡Hombre! ¡Qué intransigente es usted!

Harry.—Las cosas han llegado a un extremo...

Jenny.—¡Digo que no me caso!

Harry.—Yo sí me caso: contigo.

Jenny.—¡No y no!

Sheldon.—¡Cálmate Jenny! ¡No le exasperes! ¡Pedirá más dinero!

Harry.—Acabo de dar la noticia a los periódicos. Mañana aparecerán nuestros retratos y biogra-

fías. Ya comprenden ustedes que después de esto yo no hago el ridículo.

Sheldon.—Compro toda la tirada si no hay tiempo de evitarlo.

Harry.—¿Y lo que dirían los amigos? ¿Y lo que se habla en los centros cinematográficos? ¡Cómo se reiría todo el mundo! ¡Me he de casar contigo y me caso!

Jenny.—¡No, no, no! ¡Fuera de aquí! ¡No quiero ver a este hombre! ¡Me exaspera! ¡Y yo he podido fijarme en él! ¡Fuera he dicho! *(Furiosa coge un florero para tirárselo a la cabeza, pero Tommy, que asoma por el fondo, levanta la mano y cuenta con los dedos hasta seis. Jenny lo advierte, recuerda lo prometido y sigue contando hasta dominarse.)* Siete, ocho, nueve, diez...

Harry.—¡Qué dices!

Jenny.—Diez veces le suplicaré... si es preciso... que se vaya.

Harry.—¡No he de negarme a tu súplica! Me marcho; pero no desisto. Míster Sheldon, adiós. Cuídeme esta flor con tan punzantes espinas. Dentro de dos meses la vendré a arrancar. *(Vase tranquilamente.)*

Of Tommy

ESCENA VII

Sheldon, Jenny y Tommy

Sheldon.—¡Bien se burla de nosotros!

Jenny.—¡Papá yo quiero morirme!

Sheldon.—¡No, ese capricho no te lo tolero!

Jenny.—Es el único medio de salvar el compromiso.

Tommy.—Hay otro tan eficaz y mucho menos expuesto.

Sheldon.—¿Otro? ¿Cuál?

Tommy.—Casarse con otro hombre.

Jenny.—¡Qué dice!

Tommy.—Nada le impide a usted hacerlo; y ya tenemos justificada la anulación del contrato por fuerza mayor.

Sheldon.—¿La indemnización entonces...?

Tommy.—Tampoco habrá que pagarla. Podemos burlar la cláusula. Esta es la opinión de un abogado que consulté hace unos días.

Sheldon.—¡Y por qué lo calló usted!

Tommy.—La señorita Jenny quería cumplirlo a toda costa.

Jenny.—¡Qué alegría! ¡Me puedo casar con otro hombre! ¡Me caso ,papá!

Sheldon.—¿Con quién?

Tommy.—Eso digo yo: ¿con quién?

Jenny.—¡Tommy!...

Tommy.—Conmigo no: estoy comprometido.

Jenny.—Lo sé. Ayúdeme a buscar esposo.

Tommy.—Si la señorita prometiera divorciarse en seguida... Puesto que mi novia está en Nueva York... yo me arriesgaría...

Jenny.—¿A casarse conmigo?

Tommy.—Con la seguridad del divorcio, sí.

Jenny.—Acepto. ¿Qué te parece papá?

Sheldon.—Me gusta y no me gusta. Yo no puedo admitir lo del divorcio.

Tommy.—Condición indispensable. El día mismo de la boda se redacta la demanda, se presenta y de hecho se procede a la separación.

Jenny.—¡Papá! ¡El día mismo de la boda!

Sheldon.—¡Te está bien empleado! Despreciaste a los hombres y ahora ellos te toman y te dejan a su antojo. ¡Es el castigo!

Jenny.—No me importa. Tommy· ésta es mi mano. Prometidos. *(Dando la mano a Tommy.)*

Tommy.—Prometidos. *(Resignado.)*

Jenny.—Toma: devuélvele el anillo a Harry. Dile que

no quiero nada suyo. *(Dándole a Sheldon el anillo.)*

Sheldon.—Se lo diré.

Jenny.—¿Qué hay que hacer ahora, Tommy?

Tommy.—Ir inmediatamente en busca del juez y conseguir la licencia. Así es que cuando usted guste.

Jenny.—Vamos.

Sheldon.—En la Corte de Justicia hallaréis a Enrique Moore que os atenderá en seguida.

Jenny toca un timbre. Entra Julia.

Jenny.—Julia: tráeme un sombrero. Voy a salir. *(Váse Julia.)*

Tommy.—Una vez la licencia en poder nuestro el matrimonio es cosa sencillísima. Nos casamos y nos divorciamos.

Jenny.—Bueno. *(Resignada.)*

Tommy.—Sin excusas ni apelaciones.

Jenny.—Bien. *(Vuelve Julia con un sombrero que ayuda a poner a Jenny.)*

Sheldon.—¡Por qué no le habremos conocido antes, Tommy! Ha cambiado usted a Jenny por completo.

Tommy.—Voy en camino de ganar la partida: la domesticaré. *(Aparte a Sheldon.)*

Jenny.—Estoy ya dispuesta.

Tommy.—A sus órdenes, señorita. ¿Acepta usted mi brazo?

Jenny.—Acepto. *(Vanse por el fondo los dos.)*

ESCENA XVIII

Sheldon y Julia

Sheldon.—*(Deteniendo a Julia que se marcha.)* ¡Julita! Espera. (Casada o divorciada mi hija ya no necesita de mí.) *(Mirando a Julia con arrobo.)* ¡Acércate preciosa!

Julia.—¡Señor! *(Haciéndose la interesante.)*
Sheldon.—Toma; te regalo este anillo. *(Le da el que le entregó Jenny.)*
Julia.—¡Gracias! ¡Igual al de la señorita!
Sheldon.—Quiero que seas casi en todo igual a ella. ¿Sabrás que mi hija se casa?
Julia.—Lo sabe todo el mundo.
Sheldon.—Una vez casada, saldrá de viaje, y saliendo de viaje no te necesitará.
Julia.—¿Por qué no?
Sheldon.—Porque siendo viaje de novios estorbarías. Los novios prefieren estar solos. ¿Te enteras?
Julia.—Como no he hecho ninguno...
Sheldon.—Te gustaría hacerlo?
Julia.—¿Para estorbar?
Sheldon.—No, tonta; para quedarte a solas con tu novio.
Julia.—¡Ah! En calidad de novia, sí.
Sheldon.—¿Qué poblaciones te gustaría visitar?
Julia.—Chicago, Filadelfia, Boston, Nueva York...
Sheldon.—¿Y la Florida?
Julia.—La Florida también.
Sheldon.—Tienes los mismos gustos que yo. ¡La Florida! ¡Tierra del amor! ¡Todo verde! ¡Los árboles verdes! ¡El mar verde! ¡El cielo verde!
Julia.—¡Los viejos verdes!
Sheldon.—Puedes decirlo, picarona! ¿Te gustaría vivir en los mejores hoteles, tener auto en la puerta, viajar en "pullman" y pasar el verano en las playas de moda?
Julia.—¿Yo?... ¿No es esto mucho para mí?
Sheldon.¡—Qué va a ser! Dime si te gustaría.
Julia.—Hay cosas que no se deben preguntar.
Sheldon.—Todo lo pongo a tu disposición.
Julia.—¿Con qué fin?
Sheldon.—Con un fin honesto. Al casar a Jenny pierdo una hija, es decir, más, porque ella vale por cuatro; y quedarse de pronto sin cuatro hijas es muy duro para un padre que aborrece la

soledad. Me hace falta una; una por lo menos, y como tú eres de la casa y conoces mis gustos, te elijo a ti. Te prometo ser un padre cariñoso. ¿Me aceptas?

Julia.—Míster Sheldon, me ha conmovido usted. ¿Cuándo salimos?

Sheldon.—Muy pronto, hijita mía.

Julia.—Siempre he soñado con un papá como usted.

Sheldon.—Puedes tutearme.

Julia.—Siempre he soñado con un papá como tú. El mío ,a quien no conocí, debía tener tus ojos, tu boca y esa barbilla...

Sheldon.—No tendrás queja de mí. ¿Me permites que te bese?

Julia.—En la frente. Eres mi papá.

ESCENA IX

Dichos y *Casandra,* que les sorprende besándose

Casandra.—¡¡Oh!! ¡Lo que me faltaba ver!

Sheldon.—¿Qué te ocurre, Casandra?

Casandra.—¡Así todo se explica! ¡Debido a las confianzas que los señores se toman con las doncellas, éstas no respetan a quien deben respetar! ¡Colmóse ya la medida! Míster Sheldon: o esa niña o yo; escoja.

Sheldon.—¡Caramba! ¡Otra vez el punto débil! ¿Por qué le prometería a mi esposa tenerte siempre a mi lado!

Casandra.—Aguardo su decisión.

Sheldon.—Julia, hija mía, lo siento en el alma. Míster William Sheldon se ve obligado a despedirla a usted.

Julia.—¡Me despide!

Sheldon.—*(Acercándose y hablándole aparte.)* (Pero

Willy Sheldon, el alegre Willy Sheldon, te toma indefinidamente a su servicio.)

Julia.—Señor. *(Inclinándose como acatando órdenes.)*

Sheldon.—*(A miss Benchley.)* ¿Está usted satisfecha? Diga usted al mayordomo que arregle los honorarios de Julia y le añada dos meses de regalo. Dispóngalo usted todo para dejar la casa lo antes posible. *(A Julia.)* ¿Lo oye usted bien? Lo antes posible. (Voy a comprarte unas cosillas.) *(Vase muy alegre por el fondo.)*

ESCENA X

Casandra y *Julia,* mirándose las dos con aire de triunfo

Casandra.—¿Tengo o no autoridad en la casa?

Julia.—¡Celos es lo que tiene! Ha creído que iba a quitarle a Jonathan, y por eso me echa. Agradezco su decisión, que me ha valido de mucho. Le puse buena cara al mayordomo mientras pudo servirme de escalón. Ahora no le necesito. He ascendido lo bastante. Mas no viva de ilusiones: el mayordomo no se casará con usted. *(Yéndose muy erguida por el fondo.)*

Casandra.—¡Oye! ¿Por qué lo dices? ¿Qué sabes tú? *(Saliendo detrás de ella más erguida aún.)*

ESCENA XIII

Jenny y *Tommy,* entrando por la derecha

Tommy.—¡Muy amable el juez! Nos atendió en seguida.

Jenny.—¡Ya estamos casados!

Tommy.—No: ya estamos autorizados. Aún nos hemos de casar.

Jenny.—¿Cuándo va a ser la boda?

Tommy.—Cuando usted quiera. *(Sin entusiasmo.)*

Jenny.—¿Se arrepiente usted de su buena acción?

Tommy.—En el tiempo que tardó el juez en extender la licencia he meditado lo bastante para sacar la conclusión de que esa boda me perjudica.

Jenny.—*(Decepcionada.)* Nunca sospeché que el matrimonio de Jenny Sheldon pudiera perjudicar a nadie!

Tommy.—A mí, sí.

Jenny.—¿Por qué?

Tommy.—Calcule que mi novia se niegue luego a casarse con un divorciado!

Jenny.—Continúa usted siendo mi esposo.

Tommy.—Para ello sería preciso que la amara y no la amo a usted.

Jenny.—¿Tan difícil es amarme!

Tommy.—¿Difícil? ¡Imposible! *(Pausa.)*

Jenny.—¿Es muy bonita su novia?

Tommy.—Ser bonita es lo de menos.

Jenny.—¿Más joven que yo?

Tommy.—De una edad aproximada.

Jenny.—¿Sin defectos?

Tommy.—Con muchos defectos.

Jenny.—¿Qué tiene, pues, en su favor?

Tommy.—Que la quiero.

Jenny.—¡Comprendido! El amor lo borra todo: fealdad... diferencia de posición... *(Otra pausa.)* ¿Nos divorciaremos el mismo día de casarnos?

Tommy.—El mismo día.

Jenny.—¿Al celebrarse la boda?

Tommy.—Apenas celebrada.

Jenny.—¡Yo me niego! *(Rebelándose.)*

Tommy.—Recuerde lo convenido.

Jenny.—¡Unos días, sólo unos días! ¡Que yo pueda intentar amarle! ¡Que yo pueda comprender lo que es amor!

Tommy.—Forma usted parte de un mundo tan distinto

al mío, señorita, que es imposible que a él lleguen los purísimos aromas de un afecto sincero. Es el mundo del mañana: un mundo frío, calculador, refinado en los placeres de la vida, pero olvidado en absoluto de la paz del alma.

Jenny.—¡Ja veo que no hay modo de entendernos! Renuncio a casarme con usted.

Tommy.—¿Rompo la licencia? *(Sacando un pliego del bolsillo.)*

Jenny.—¡Rómpala! *(Tommy se dispone a hacerlo.)* No; quiero librarme de Harry Dickson. Nos casaremos.

Tommy.—Nos casaremos. *(Pausa.)*

Jenny.—¡Tommy!

Tommy.—Señorita.

Janny.—Vamos a suponer por un instante que durante el tiempo de tramitación del divorcio no le doy motivo de queja...

Tommy.—Me lo dará usted.

Jenny.—¿Y si no se lo diera?

Tommy.—No es posible.

Jenny.—¿Por qué no ha de ser posible? ¡Qué pesado! ¡Yo quiero que lo sea! ¡Me pone fuera de mí!

Tommy.—¿Ve usted como no es posible?

Jenny.—Sí, sí lo es. *(Dulcificando el tono.)* Yo quiero que lo sea. Le hablo con humildad.

Tommy.—¡No me di cuenta aún!

Jenny.—Yo quiero que lo sea.

Tommy.—Más humildad todavía.

Jenny.—Yo quiero que lo sea. *(Muy humilde, arrodillándose a los pies de Tommy.)*

Tommy.—¡¡Jenny!!

Jenny.—Así. ¡Llámeme por mi nombre!

Tommy.—¡Jenny! Levántese usted.

Jenny.—¡Difícil es convencerle!

Tommy.—De esa manera muy fácil.

Jenny.—¿Va usted a pretender que se lo pida todo de rodillas? ¡Sería una crueldad!

Tommy.—¡Jenny! *(La ayuda a levantarse. Ella se sienta y hace seña a Tommy de que se siente también.)*

Jenny.—Sí se lo ruego buenamente, ¿querrá usted darme una lección de amor!

Tommy.—¡Una lección de amor!

Jenny.—Amor de mentirijillas como nuestro casamiento. Déjeme usted que ensaye si a ese amor que desconozco sé corresponder.

Tommy.—Empecemos.

Jenny.—¡Tommy! ¡Te quiero mucho!

Tommy.—¿Es usted o soy yo el que da la lección?

Jenny.—¡Te adoro! Sé que tú me amas; lo leo en tus ojos. ¿Qué tal?

Tommy.—¡Demasiado aprisa! No me gustan las discípulas tan aprovechadas! ¿Empiezo?

Jenny.—Empiece usted.

Tommy.—Jenny: te vi por primera vez, hace unos meses, en la fiesta de año nuevo en el Metropolitan.

Jenny.—Cierto; allí estuve.

Tommy.—Silencio. No puedes formarte idea de la impresión que me causaste. Eras la reina entre todas. Los hombres devoraban tu rostro, las mujeres tu vestido, tus joyas, tu peinado...

Jenny.—¡Siempre ocurre así!

Tommy.—¿Se calla usted?

Jenny.—Me callo. *(Mientras habla Tommy, ella le acaricia los cabellos.)*

Tommy.—¿Quién es?, pregunté a un amigo. La muchacha más altiva de California, me contestó. La hija del millonario William Sheldon. ¡Una insensible! Nadie puede vanagloriarse todavía de haber interesado su corazón. Supe de tus caprichos, de tus genialidades. Despertaste mi interés de un modo insospechado. Lo que para los demás de gustos vulgarísimos, era un grave obstáculo, fué vivo acicate para mí. Habí

encontrado a la mujer de mis sueños. Una rica heredera que me ayudara a levantar el nombre de los míos. ¡Una mujer orgullosa como yo, altiva como yo! Quise ser el elegido, influir en tu vida, encender el fuego que dormía en tu alma.

Jenny.—¡Me está gustando mucho!

Tommy.—¿Quiere usted estarse quieta?

Jenny.—¡Si me lo manda usted!...

Tommy.—¿Cómo acercarme a ti, Jenny? Mis medios me lo impedían. Hacerme presentar en tu casa para cultivar tu amistad, exigía sacrificios que no estaban a mi alcance. La casualidad me llevó a conocer al secretario de tu padre. Gracias a sus informes, descubrí en ti, aparte de tus defectos, cualidades alentadoras. Como fiera luché para obtener el puesto que cerca de ti ocupaba, puesto que al fin conseguí, y ya al lado de la mujer amada, me dediqué a espiar tus pasos, tus acciones. No negarás que he llegado al término de mis deseos; soy dueño absoluto de tu amor, me pertenece todo entero, puesto que yo sólo, sin el auxilio de nadie, lo he logrado despertar.

Jenny.—¡Tuya! ¡Siempre tuya! *(Echándose en sus brazos.)*

Tommy.—¿Me ha salido bien?

Jenny.—¡Muy bien! ¿Vamos a repetirlo?

Tommy.—No hay necesidad. Sé que tú me amas y es bastante.

Jenny.—¡Te amaré con alma y vida! *(Siguen abrazados.)*

ESCENA ULTIMA

Dichos, Harry, Sheldon, y luego *Esther*

Harry.—¡Bravo! ¡Me lo imaginé!

Jenny.—¡Harry Dickson!

Harry.—Ni una palabra.

Tommy.—¡Harry Dickson! *(Provocativo.)*

Harry.—¡Ni una palabra! ¿Es que además de quitarme la novia va usted a desafiarme de nuevo? *(Sacando un pliego que entrega a míster Sheldon.)* Míster Sheldon, el compromiso. Puede usted romperlo.

Sheldon.—¡Caramba!

Jenny.—¡Libre!

Harry.—Siempre lo fué usted, señorita. Nunca he pensado en casarme con usted. Me propuse únicamente, por simpatía, ayudar a este joven. No reclamó mi concurso. ¡Es orgulloso¡ Mas yo por mi cuenta y riesgo se lo quise prestar.

Tommy.—¡Cómo!

Harry.—¡No hay hombre sin hombre, amigo Drake! La empresa era para usted algo difícil. Mucho le hubiera costado el triunfo. Por el anterior secretario de míster Sheldon, que es primo mío, supe los anhelos de usted, pude convencerme de que amaba a esa señorita e hice su juego. No negarán que la farsa de mi granja de la montaña ayudó a cambiar un poco a la caprichosa miss Jenny.

Tommy.—¡Gracias! *(Estrechando su mano.)*

Sheldon.—No sólo los comerciantes inventamos comedías para sorprender al cliente!

Harry.—Inventarlas es mi oficio; pero no soy comerciante; si lo fuera no le devolvería a usted el contrato, renunciando a la indemnización.

Sheldon.—No puede usted reclamarla. ¿Verdad, Tommy?

Tommy.—Sí puede. Mentí para obligar a Jenny al matrimonio.

Harry.—Pero yo no la reclamaré.

Sheldon.—¡Caramba! ¡Es usted un héroe!

Herry.—No. El verdadero héroe está aquí. Voy a presentarles a mi esposa. ¡Esther! *(Se dirige al*

fondo y llama. Aparece Esther elegantemente vestida.) Ven. Míster Sheldon. Miss Jenny Sheldon.

Jenny.—Nos conocemos. *(Se besan.)*

Harry.—Mi esposa, la célebre artista Elena Sidney.

Sheldon.—Señora. *(Estrechándole la mano.)* Muy agradecido a las bondades de su esposo, que acaba de hacer un espléndido regalo a mi hija. Mas yo no quiero ser menos, y mientras llega el suyo de mayor importancia, le ruego que acepte este de muy poco valor. *(Sacando un estuche del bolsillo y dándoselo.)*

Esther.—¡Oh! Gracias. *(Abriendo el estuche.)* ¡Muy bonito!

Harry.—Es persona de buen gusto.

Sheldon.—*(Aparte.)* El regalo de Julia. Le compraré otro.

Jenny.—*(A Tommy, con el que forma grupo, aparte.)* ¿Me amarás siempre?

Tommy.—¿Lo dudas?

Jenny.—¿No nos separaremos nunca?

Tommy.—Sólo una cosa podría separarnos.

Jenny.—¿Cuál?

Tommy.—Que la caprichosa miss Jenny tuviera un día el capricho de dejar de amarme.

TELON

OBRAS DE RAMON CARALT

La reina alegre, vodevil en tres actos, original. (Teat Moderno. Buenos Aires.)
El Cometa de Halley, comedia en un acto, original. (Te tro Olimpo. Rosario.)
Rouletabille, El misterio del cuarto amarillo, arreglo e cuatro actos, de la popular novela de Gastón Lerou (Teatro Victoria. Buenos Aires.)
La diadema de la Princesa, comedia en cuatro actos, tr ducida del francés. (Teatro Victoria. Buenos Aires.)
El Rey, comedia en cuatro actos ,traducida del francé (Teatro Victoria. Buenos Aires.)
La manzana del Paraíso, vodevil en tres actos inspirado e una obra francesa. (Coliseo Florida. Montevideo.)
La camarera del Tabarín, opereta en tres actos, traduci del francés, música de Edmond Missa. (Teatro San Ma tín. Buenos Aires.)
Los buitres, drama en dos actos, traducido del francé (Teatro Politeama. Rosario.)
La evasión, drama en un acto, traducido del francés. (Te tro Politeama. Rosario.)
Las tres máscaras, drama en un acto, traducido del francé (Teatro Politeama. Rosario.)
Las noches del Hampton Club, drama en dos actos, arre glado del inglés. (Teatro Nuevo. Buenos Aires.)
El Emperador Menelick, vodevil en tres actos ,traducid del francés. (Teatro Nuevo. Buenos Aires.)
Los cuarenta millones del ingeniero, comedia en tres acto traducida del francés. (Teatro Politeama. Montevideo.
El sistema del doctor Goudron, drama en un acto, traduc do del francés. (Teatro Politeama. Montevideo.)
Vidocq, drama en cuatro actos inspirado en un caso hi tórico.
La tragedia real, tragedia en tres actos, traducida del fran francés. (Teatro Principal. Méjico.)

Las delicias del hogar, comedia en tres actos, traducida del francés. (Teatro Nuevo, Buenos Aires.)

El Vicario de Weybury, comedia en tres actos, arreglada del inglés. (Teatro Politeama. Rosario.)

La mano de mono, drama en un acto, traducido del inglés. (Teatro Politeama. Rosario.)

Sansón, drama en cuatro actos, traducido del francés. (Teatro Santiago. Santiago de Chile.)

El misterioso Jimmy, comedia en cuatro actos, arreglo de la novela Norteamericana, "Alias, Jimmy Valentine". (Teatro Olimpo. Lima.)

La Casta Susana, vodevil en tres actos, traducido del francés. (Teatro Colón. Méjico.)

El espía, drama en cuatro actos, original. (Teatro Price. Madrid.)

La mano gris, comedia en cuatro actos, original. (Teatro Price. Madrid.)

La corte del rey Octavio, comedia en cuatro actos, original. (Teatro Price. Madrid.)

Fantoma, drama policíaco en cuatro actos, en colaboración con A. G. Miranda. (Teatro Price. Madrid.)

Sherlock Holmes contra John Raffles, comedia policíaca en cinco actos, en colaboración con Luis Millá. (Teatro Price. (Madrid.)

Los ojos del sol, drama en cuatro actos, en colaboración con Donoso Cortés. (Teatro Price. Madrid.)

Los Miserables, drama en seis actos, un prólogo y un epílogo, arreglo de la famosa novela de Víctor Hugo. (Teatro Martín. Madrid.)

El Conde de Merville, comedia en tres actos, en colabora-

Los misteriosos, drama de espectáculo en cuatro actos, original. (Teatro Novedades. Barcelona.)

Servicio de espionaje, drama en cuatro actos, inspirado en una novela norteamericana. (Teatro Price. Madrid.)

ción con Federico Reparaz. (Teatro Novedades. Barcelona.)

Los misterios de New-York, melodrama de espectáculo en cuatro actos, original. (Teatro Principal. Méjico.)

El doctor rojo, drama en cuatro actos, original. (Teatro Ideal. Méjico.)

Macho y hembra, arreglo en cuatro actos de la novela inglesa "The admirable Crichton". (Teatro Colón. Bogotá.)

Por conspirar contra el rey, drama en tres actos, original.

Corazones sin rumbo, comedia en tres actos, original. (Teatro Reina Victoria. San Sebastián.)

La caprichosa Miss Jenny, comedia en tres actos, original.

Precio: DOS Pes